

era imposible, al menos su mano.

Don Lope dejó el alcázar con ánimo de ver á Don Jimeno de Luna y Osorio. Mas apenas hubo andado cuatro pasos, salió de una casa miserable y pequeña, fronteriza al alcázar, una persona envuelta en sendos mantos de ordinaria tela negra, y cubierto el rostro completamente, que distante todo lo mas del conde unos veinte pasos, le siguió hasta que este penetró en la casa del rico-home el de Luna. El conde observó que la persona tapada le habia seguido, pero lo atribuyó á casualidad, porque los dos podian llevar el mismo camino, y sin hacer alto en ello, entró en casa de D. Gimeno donde fué conducido á su presencia.

El padre de Elvira se levantó al ver á Don Lope, y le dijo echándole los brazos al cuello:

—Ah, mi querido amigo: con cuanto gusto os vuelvo á ver!

El conde correspondió de la misma manera á los finos trasportes de alegría que su amigo manifestaba, y despues de pasados estos, le dijo, tomando posesion de un sillón ricamente adornado:

—Sabeis, amigo mio, en que ha venido á parar toda aquella reclusion y aquel deseo de huir del mundo, y....

—Ola! habeis variado quizá de vida é ideas...

—Sí, he variado, y venia á reprenderos porque...

—Vamos, acabad, qué os detiene?

—Lo diré: contestó Don Lope con sonrisa de broma; lo diré, puesto que lo deseais... vengo á reprenderos, porque nadie mas que vos tiene la culpa de que yo sea ya otro hombre.

—Yo tengo la culpa? es chistoso esto.... veamos: y qué he hecho yo para transformaros?

—No os acordais?

—No recuerdo...

—Vos me sacásteis por primera vez al mundo despues de

quince años de encierro voluntario, y esto solo bastó para que vuestro amigo el conde de Haro pensara en casarse en vez de volver á la vida pacífica, y...

—Acabad.

—Y espiatoria!

—Todavía esas ideas?

—No, ya he conocido que todo no era mas que escrúpulos de mi conciencia. Pero aquí me teneis á mis años, enamorado, Don Jimeno, y enamorado como un jóven de veinte. Y todo, porqué? porque me sacásteis de mi retiro, y como yo en el mundo no puedo estar sin amar...

El padre de Elvira soltó una estrepitosa carcajada, y dijo así que la risa se lo permitió:

—Pero hombre, si yo solo os llevé á un Monasterio grave y sombrío, donde todo es triste y anti-mundano!

—No le hace, Don Jimeno, en ese mismo Monasterio....

—Jesus mil veces! á que os habeis enamorado de la ilustrísima abadesa, Doña...

—Por Dios, amigo!

—Ah, ya caigo! Acaso de la monja amiga de mi hija, que os dejó un poco pensativo, con solo oír circunstancias de ella!.....

Multitud de terribles recuerdos se agolparon á la mente del conde.

—Qué, he acertado? repuso Don Jimeno al ver pensativo á D. Lope.

—No, amigo, no habeis acertado: contestó el conde procurando dar á su rostro la alegría que antes tenia.

—Pues entonces no puedo dar con el objeto de vuestro amor...

—Escuchadme, Don Jimeno, este asunto hay que tratarlo con formalidad. Vos teneis ofrecida la mano de vuestra hija?

—Qué decís? exclamó el de Luna sorprendido.

—Si no está ofrecida la mano de Elvira, aquí teneis uno que la pretende y que se daria por muy dichoso si llega á obtenerla.

—Vos!

—Sí, Don Jimeno; vuestra hija seria toda mi felicidad, y os prometo si consentís, que en mí tendrá un padre cariñoso y solícito, que nada le negará, y.....

—Basta, Don Lope. Esa cuestion precisamente es la que á mí me ha tenido cabizbajo y triste en Alemania, y aun aquí mismo, despues de mi vuelta. Yo soy ya anciano, y si llegase á faltar mañana, como sucederá tarde ó temprano, Elvira, mi hija querida, quedaria sola, abandonada en este mundo, donde todo es engaño y falsía. Yo habia pensado en casarla antes de mi muerte, para morir tranquilo respecto al porvenir de mi hija. Ningun esposo de los que en mi mente le he destinado, me ha parecido digno de las riquezas y hermosura de Elvira, en el día la mas rica heredera de Castilla. No pensé en vos, única persona de toda mi confianza, porque os creia preocupado con las ideas de vivir siempre solo y apartado enteramente del mundo. Vuestra eleccion hubiera sido mi mayor deseo. Vos seriais para mi hija lo que me habeis dicho, que era todo mi afan, y yo moriria contento porque habia encontrado un hombre que llenaba todas las condiciones que un padre quiere hallar para su hija. Don Lope, vuestras palabras me han llenado de contento Oh! doy gracias al cielo por tanto bien como me hace! Elvira será vuestra esposa, os lo prometo.

—Y creéis que accederá gustosa?....

—Sí, amigo mio, accederá, porque es obediente y ama demasiado á su padre para no hacer lo que este le diga. Mi hija, no podrá menos de aceptar con gusto la eleccion acertada que

yo he hecho. Además, Elvira no ha tenido amores, y es un motivo mas para aceptar el esposo que su padre le destina. En fin, ella os conoce, y creo que mientras yo he estado en Alemania, habreis conseguido que os quiera como á un amigo.

—Nada de eso... repuso el conde inmutado. A vuestra hija no la ví despues de haberos marchado, nada mas que una vez.

—Cómo! pues si teníais todos mis poderes...

—No echeis á nadie la culpa..... escuchadme: — Cuando estuve esa única vez, la ví demasiado obsequiada por la superiora y la monja su amiga, y conocí que para nada me necesitaria. Sin embargo, como tenia que cumplir el encargo que me disteis de observar y ver si estaba bien cuidada, iba todos los dias al monasterio, y me informaba perfectamente, sin ver á Elvira.

—Oh, bien, no importa; Elvira os amará. porque no podrá menos de apreciar en su justo valor las buenas y nobles coslidades de que estais adornado.

La frente de Don Lope se nubló de pronto. Los elogios de su amigo era para el conde peor que si le claváran un puñal en el corazon, porque los remordimientos, ese gusano roedor de la conciencia se despertaban y crecian de una manera colosal. El rostro del de Haro se cubrió de una palidez espantosa, sus lábios se contrajeron á impulso de una sonrisa forzada, que Don Jimeno no observó, y sus manos temblaron como las de una persona convulsa, La mas viva impresion causaron en el alma del conde las palabras de Don Jimeno. Una reaccion maravillosa se obró despues en Don Lope. De repente desapareció la palidez que cubria su rostro, y la mas serena tranquilidad se vió pintada en él. Todo era debido á una idea generosa que en un momento se le vino á la imagiuacion. Don Lope pensó revelar á su amigo cuanto habia sido, y hacerle ver que el móvil que le habia inducido á pedirle la mano de la pura é interesante

Elvira, no era el deseo de hacerla feliz tanto á ella como á su padre, sino por satisfacer la pasión feroz y espantosa que ardía en su pecho. Pero en el instante que semejante pensamiento se levantó triunfante en medio de los remordimientos que bullían en su mente, en el instante de ponerlo por obra para acallar el grito aterrador de su conciencia, se despertaron alarmando sus instintos de fiera, y tan generosa idea, tal vez la primera que habria tenido en toda su vida, desapareció cual chispa eléctrica. El conde se acordó que por lograr sus intentos habia inmolado á un rey bueno y querido que ya comenzaba á hacer feliz á sus pueblos, se acordó que habia sacrificado dos víctimas inocentes tan solo por satisfacer injustas venganzas, y se avergonzó de haber sido débil por un momento. Se sonrió con amabilidad y dijo á Don Jimeno:

—Por Dios, amigo, ó mejor dicho, padre mio, por Dios, no me prodigueis tantos elogios, porque ciertamente no soy digno de ellos...

—Oh, sí, sí, lo sois, y cada vez me alegro mas de que mi querida hija lleve vuestro mismo apellido.

—Gracias... conqué seré vuestro hijo?

—Lo sereis.

—Y si Elvira se niega...

—Perded cuidado; Elvira nunca desobedece á su padre.

—Luego entonces podré marcharme en la seguridad de que la esposa que ha elegido mi corazón...

—Será vuestra, os lo prometo.

—Ah, si supiérais cómo se dilata mi pecho de felicidad: si os dijera que es tanta la dicha de que se halla poseida mi alma, que me moriría de pesar si cualquier incidente nos privase á ambos de lograr nuestros deseos!

—Perded cuidado, Don Lope: os he dicho que sereis esposo

de mi hija y lo sereis á toda costa.

—Ah, gracias, gracias, amigo mio!

—Ahora mismo voy á prepararla y hacerle ver las razones que tengo para darle un esposo tan pronto.

—En ese caso, me retiro, y quiera el cielo que otra vez que nos veamos pueda llamaros padre!

Don Lope estrechó la mano de Don Jimeno con afecto y salió de la casa de este, dudando mucho si tan luego como Elvira le contase la historia que Beatriz le habia referido á ella en el jardin, seguiria el de Luna en la misma idea.

El padre de Elvira creia un gran partido para su hija al conde de Haro, porque tenia formado de Don Lope un concepto en extremo favorable; y además, que por su posicion, por sus riquezas y por su inmenso poderío, el enlace con el hijo del último señor de Vizcaya lo hubieran deseado muchas familias de las mas principales de España.

Pero mientras Don Jimeno se alegraba de haber tenido tan buena eleccion, mientras pensaba la manera de decir á su hija que se dispusiese á entregar la mano, que ya Felipe creia suya, al conde de Haro, Elvira, muy ajena de cuanto habia pasado en la habitacion de su padre, abrió una de las preciosas oji-vas que habia en su bella y elegante morada, y se asomó á ella con objeto de distraerse si alguien pasaba por la calle. Lo primero que la jóven se echó á la cara fué á la persona encubierta que habia seguido á Don Lope. Elvira se maravilló asáz al ver tan negro fantasma, y se maravilló mucho mas cuando este le hizo comprender por señas que deseaba hablarla.

El primer pensamiento de la jóven fué cerrar las ventanas; pero se contuvo ó no lo efectuó porque la persona tapada con tanto esmero y cuidado, le dijo todo lo mas bajo que pudo ser, á fin de que Elvira lo oyese y no la gente que pasaba á la sazon:

—¿Sois la hija de Don Jimeno de Luna y Osorio?

Elvira contestó que sí, medio tartamudeando.

—Oh, cuánto me alegro haberos encontrado! Tengo que hablaros de cosas muy importantes; y si me permitiérais llegar hasta donde estais, sabríais de Felipe y de los peligros que la fatalidad os prepara.

—De Felipe! exclamó Elvira de pronto y sin poder ocultar su alegría.

—Sí, de Felipe.

—Ah, quién sois?

—Perded cuidado... nada temais. Soy una persona que se interesa por él, y que os quiero sin conoceros, solo porque le amais.

—Y decís que queréis...

—Hablaros donde no haya testigos.

—Pues bien, subireis á mi habitacion, señora. Pasada esta esquina hallareis una puerta que es la del jardin, mi aya os conducirá donde yo estoy

—Ah, gracias, no sabeis el bien tan grande que me haceis.

La encubierta volvió la esquina y á poco penetró en el jardin, donde siguiendo á la persona encargada de conducirla se encontró en una pequeña habitacion adornada sencillamente pero con gusto y elegancia.

Elvira se apresuró á salirle al encuentro, diciéndole al mismo tiempo con curiosidad:

—Quién sois, señora?

—Me descubriré, aunque estoy segura no me habeis de conocer: contestó la desconocida echándose sobre los hombros el manto negro que la cubria toda.

A los ojos de Elvira se apareció el lánguido y pálido rostro de Piedad, que á pesar de todo lo que habia padecido tenia todavia restos de su primitiva belleza.

—No me conocéis, verdad?

—Oh, no, nunca os he visto: repuso al punto Elvira examinando con detenimiento á su desconocida.

—Lo creo, señora, pero no tengais recelo alguno porque yo vengo á libraros de un peligro enorme que os amaga, vengo á hablaros de Felipe, de vuestro amante querido, porque..... yo tambien le amo...

—Vos!

—Sí, le amo; pero no os asustéis, pobre niña, que el amor que yo tengo á Felipe es muy distinto al vuestro... vos lo queréis como amante, con pasion y delirio, y aunque yo lo quiero de la misma manera, mi cariño es el de...

Piedad cayó porque observó que la frente de Elvira se nubló aunque ligeramente.

—Seguid, señora! exclamó esta, deseando salir de la situacion en que se hallaba.

—Os veo agitada y conozco la causa, hija mia. Os habeis podido figurar siquiera que mi cariño hácia Felipe es lo mismo que el vuestro? Creéis tener en mí un rival? Ah, no hija mia, no, miradme bien, examinad mi rostro surcado por las lágrimas y envejecido por las penas, y decid despues si esta pobre mujer que vivia en un destierro llorando culpas pasadas, habia de entregarse ahora á esas afecciones propias entre jóvenes como vos y Felipe, cuyos corazones libres y exentos de pesares, se embriagan con las inefables delicias de un amor puro y grande como lo es el vuestro. Desechad todo temor, Elvira; porque si yo he abandonado mi destierro, si he dejado el monte, donde tengo mi casa hace mas de quince años, si he quebrantado el voto que hice de no salir nunca de mi ermita, y de no habitar otro sitio que la montaña, en cuyo seno he vivido tanto tiempo, ha sido porque la providencia ha puesto en mi camino al joven

que vos amais, porque tiene enemigos y solo yo puedo salvarlo.

—Y qué interés os ha movido...

—Seguís dudando? pues escuchadme: Felipe no tiene padres como sabeis; casi estoy por aseguraros que pertenece, aunque bastardo, á una de las familias mas ilustres de España.

—Luego conocéis á sus padres?

—Sí, hija mia, creo conocerlos.

—Ah, por Dios, decidme cuanto sepais!

—Es un secreto; pero os lo diré todo. Si yo manifesto interés por vuestro amante, si os he dicho que le amo tanto ó mas que vos...

—Mas! dijo Elvira sorprendida.

—Sí, mas, porque yo puedo ser su... madre.

—Su madre! su madre! Ah, y como si...

—Escuchad una historia terrible, que os hará llorar porque está sembrada de crueldades!

—Oh, si, si, hablad!

Y Piedad contó entre lágrimas y sollozos la historia de sus desventuras.

Durante la narracion de la antigua amante del conde de Haro, Elvira no dejó de derramar lágrimas de compasion: al concluir la penitente, le dijo admirada.

—Conque el conde de Haro...

—Puede ser el padre de vuestro amante, hija mia... pero todo esto no pasa de ser una figuracion mia, fundada en lo que os he referido... lo que sí os puedo asegurar es que siento mi corazon una dicha tan grande cuando veo á Felipe, siento un placer indecible cuando oigo su voz, le cojo sus manos y le oigo decir, *madre mia*, oh, solo esa palabra me llena el alma de consuelo y me hace olvidar por un momento mis penas y dolores. Felipe es mi hijo, porque si no no le amara tanto desde el

primer momento en que le ví; Felipe es mi hijo porque una inclinacion natural me arrastra hácia él, y porque una voz secreta, que sin duda es la voz de la naturaleza, me dice, y con ello me llena de felicidad, *ese es tu hijo*. Oh, sí, y Dios querrá que lo sea verdaderamente, porque si no me moriria de dolor!... pero yo deliro! Si no fuera mi hijo, á qué me ha inspirado Dios la idea de seguirlo á todas partes para librarlo de la maldad de su padre, que tal vez no se acuerde siquiera que abandonó á su hijo, siendo niño de solo tres años! Ah, es un mónstruo, huid de él! aborrecedlo siempre, porque es implacable en la ira, porque es brutal en sus pasiones, y porque es un malvado que ni aun los afectos naturales de padre tienen cabida en su empdernido corazon! Pero yo os he hablado de un modo que no habreis comprendido; lo creo: antes de deciros cuanto han pronunciado mis lábios, he debido avisaros que el conde de Haro, ese hombre detestable que se goza en el crimen, el asesino de Fernando IV y de los hermanos Carvajales, apasionado de vos de una manera espantosa, ha tenido la audacia de...

—Oh, acabad!

—Valor, Elvira: valor y firmeza para negaros á entregarle vuestra mano!

—Mi mano! qué decís, señora?

—Sí, hija mia, el conde de Haro os ha pedido por esposa!..

—Oh, nunca! pero cómo sabeis...

—Cerca del conde de Haro tengo un amigo que me revela todo cuanto le oye decir á este y sabe por los demás criados. Hoy me avisó de que venia á poner por obra su pensamiento y deseo, y como vuestro padre no conoce lo que es, creo que le ha dado una contestacion satisfactoria á juzgar por la alegría que el conde llevaba pintada en el rostro, cuando salió de vuestra casa.

—Dios mio! exclamó Elvira derramando abundantes lágrimas; qué os he hecho yo para que me persiga la desgracia? Ah, no lo sé... pero no podias confundir á ese malvado, y evitar, vos que sois tan poderoso, que haya nuevas víctimas?... Decidme, señora, decidme qué hago si mi padre me ordena que admita por esposo al conde de Haro!... Oh, se me vá la cabeza... hablad... yo amo tanto á Felipe!... amo tambien tanto á mi padre! Qué haré señora?

—Qué hareis? Negaros, Elvira; tened valor para decir á vuestro padre que el conde de Haro es un infame.

Apenas acabó Piedad de pronunciar las anteriores palabras se oyó ruido de pasos en la galería que desde las habitaciones de Don Jimeno, habia hasta las de Elvira. Esta se levantó y despues de descubrir con cuidado el tapiz que cubria la puerta, dijo á Piedad, sin poder ocultar la turbacion y el miedo que se habia apoderado de ella.

—Es mi padre, señora, mi padre que vendrá... Cielos, tened piedad de mí!... Huid, señora... no, no, escondeos aquí y con eso oireis cuanto pase.

Elvira escondió á la penitente en parte donde pudiese oir todo y no ser vista, y despues se sentó para esperar á su padre, procurando tranquilizar su ánimo, á fin de que no notase la agitación que las palabras de Piedad habian producido en esta. Por mucho que Elvira quiso hacer para dar á su rostro la tranquilidad que realmente no tenia, no fué bastante para que Don Jimeno dejára de notarlo.

Don Jimeno de Luna y Osorio penetró en la habitacion de su hija con aire risueño y alegre. El padre de Elvira no podia tampoco disimular la alegría que las palabras del conde de Haro habian despertado en él. Su amante corazon de padre no podia menos de sentir la felicidad que Dios enviaba á Elvira, pobre

niña espuesta á quedar sola el mejor día, sin padres, y sin esposo, si Don Lope, hombre á juicio del de Luna, honrado y noble, no hubiera venido á proponer á este precisamente lo que Don Jimeno habia deseado siempre, creyendo que su hija seria feliz con el hombre que tan buenas cualidades y condiciones reunia. El padre de Elvira ignoraba completamente, lo que habia sido el hijo del último señor de Vizcaya, porque vivia precisamente en Alemania, de donde era su esposa, todo el tiempo en que Don Lope se entregó á la intriga y al crimen.

Don Jimeno miró á su hija, que á la sazón de entrar él en su habitacion se hallaba cabizbaja y entreteniéndose en arrugar con sus blancas y preciosas manos las lindas tocas de Holanda que le cubrian la cabeza, y le dijo no sin manifestar alguna sorpresa:

—Qué tienes, Elvira?

—Ah, perdonad, no os habia sentido, padre mio... estaba distraida.

—Tú me engañas, Elvira!

—En qué, señor?

—Te veo pálida, y...

—Perded cuidado, padre mio, nada tengo, nada absolutamente, os lo aseguro!

—Oh, es necesario que te animes. O estás acaso mas contenta en el convento que con tu padre? dijo Don Jimeno como ofendido.

—Callad, señor! con vos estoy contentísima; tanto, que no quisiera separarme nunca de vuestro lado.

—Oh, bien, bien, hija mia! Ahora prepárate á oír una buena noticia. Tan buena, que yo estoy casi loco de contento.

Elvira miró á su padre con detenimiento, y lanzó un suspiro que espiró en sus lábios.

—Si, una magnífica noticia, Elvira. Se trata nada menos que de tu casamiento.

—De mi casamiento, señor! exclamó la jóven como si le hubieran clavado un puñal en mitad del corazon.

—De tu casamiento, sí: pero antes voy á decirte las razones que tiene tu padre para pensar en colocarte, repuso Don Jimeno enternecido.

—Señor, dejad...

—No, no, escúchame: si yo te he buscado un esposo es solo por tu bien, Elvira; mi edad avanzada me ha obligado á elegirte un hombre que será tu esposo, tu amante y tu padre.

—Padre mio!...

—Mañana puedes amanecer sin tu padre, porque mi edad es avanzada y mis achaques muchos. Moriria con la pena, con el desconsuelo de que te dejaba á tí pobre flor recién abierta, espuesta á los huracanes y tempestades del mundo, sin un jardinero cariñoso y solícito que se interesase por tí y por tus inmensas riquezas. Semejante idea bastaba para que tu padre no entregase su último aliento al Dios que se lo habia dado, con toda la tranquilidad, tan conforme como debiera. Ahora bien; no basta que te cases con cualquiera, es necesario que tu padre te busque un esposo que sepa apreciar tus virtudes y me releve en un todo: es necesario una persona digna de tí, noble, rica y persona ya madura que te ame tanto el primer dia de tus desposorios como el último de su vida ó de la tuya. Este hombre lo ha encontrado tu padre, en su deseo de hacerte feliz para siempre. Dentro de muy pocos dias serás, alégrate, hija mia, serás la condesa de Haro.

—Nunca! exclamó Elvira horrorizada.

Don Jimeno miró á su hija, sorprendido, y le dijo como dudando de lo que habia oido:

—Qué has dicho? repítelo, repítelo; necesito oírlo otra vez....

—Perdon, padre mio!... pero vuestra hija no puede ser la esposa del conde de Haro...

—No, y por qué?

—Ah, señor!...

—Habla, habla; por qué no puedes ser la esposa del Don Lope?

—Porque... perdon!

—Elvira!

—Ah, voy á ser franca con vos, que sois mi padre!

—Sí, sí, hija mia!

—Yo amo desde mucho antes que vos pensárais partir para Alemania á un jóven que...

—Sigue; repuso el de Luna con voz temblorosa.

—A un jóven, padre mio, que sin él seria vuestra hija desgraciada! Si me amais, si deseais mi felicidad, consentid en nuestro enlace y vuestros deseos quedan cumplidos. Vuestra hija tiene ya un jardinero solícito que la cuidará, jardinero que ya conoce y á quien está acostumbrada. El mismo rey de Castilla que ama á Felipe como si fuera hijo suyo, le ha prometido mi mano, valiéndose del derecho...

—Basta! el nombre de ese jóven...

—Felipe.

—Su apellido, sus padres...

Elvira tembló de piés á cabeza. Miró á su padre asustada, é inclinó la frente sobre el pecho, derramando un torrente de lágrimas.

—No me contestas?

—Padre mio!

—Su apellido, quiero saber, y á qué familia pertenece!

—Lo ignoro...

—Infeliz! quieres que tu padre consienta en casarte con un hombre que no conoce á sus padres? Un hombre que no tiene apellido y que no podrá dárselo á sus hijos? Qué has dicho, desgraciada!

—Ah! yo padezco...

—Todo se ha concluido. La única pena que te impongo por tener relaciones ocultas, sin que tu padre lo sepa, es casarte con el conde...

—Oh, qué horror!

—Deliras, infeliz! Horror; sabes lo que te dices?

—Sí, horror; porque el conde es un malvado! Señor, misericordia, compasion!... yo os amo, padre mio, os obedeceré como siempre en todo lo que querais; pero casarme con el conde, nunca! antes me dejo matar!...

—Oh, retírate, desgraciada! me abochorno en tener una hija tan rebelde y desobediente! retírate de mi presencia!

—Señor, padre mio, perdon!... si supiérais lo que es el conde de Haro, si os dijera sus maldades y...

—Nada quiero saber, todo es falso! repuso don Jimeno alzando el tapiz para salir de la estancia de su hija.

—Falso?

—Sí.

—Ah, no lo creais! escuchadme un momento... oidme, señor, oidme dos palabras!

—Silencio! nada quiero oír! Eres mi hija, tengo derecho para disponer de tu mano, y como esta se halla ya ofrecida, he dispuesto que tu casamiento con el esposo que te he elegido se efectue al instante.

—Jamás!

—Don Jimeno miró á su hija con compasion y dijo ya casi pasando la puerta.

—Todo es por tu bien! algun dia me darás las gracias!

—Oh, nunca! con el conde de Haro seré tan desgraciada como lo han sido todas las personas que se han opuesto á sus deseos... padre mio, yo no puedo obedeceros en lo que quereis!

—Desgraciada!... serás su esposa porque lo mando yo!

—Ah, padre mio, perdon! vos no podeis mandar que vuestra hija se sacrifique! esclamó Elvira cayendo de rodillas y arrastrándose hasta donde estaba su padre.

—Apártate! eres una desobediente!

—Perdon!

—No te perdono! retírate! solo si consientes...

—Tomad mi vida antes!

—Bien, harás lo que tu padre quiera: dijo Don Jimeno saliendo de la estancia y dejando caer el tapiz.

Elvira esclamó alzando cuanto pudo la voz:

—Bien, padre mio, os obedeceré; pero tened entendido que entregais vuestra hija á un asesino...

—Asesino! esclamó Don Jimeno asustado.

Y despues de llegar á su habitacion, dijo echándose fatigado en un ancho sillón:

—Cuánto he sufrido! Si Elvira tendrá razon! Todo se averiguará; un padre tiene que tratar estas cuestiones con mucha madurez.

Mientras esto decia Don Jimeno, Elvira cayó desmayada en brazos de la penitente, que salió al instante de su escondite y se apresuró á sostenerla.



Perdon... perdon... padre mio.





CAPÍTULO XXIV.

En el que se prueba que la razon es un poderoso argumento para hacer creer lo que se duda.

Eon los auxilios de Piedad, volvió la amante de Felipe del desmayo. Elvira comenzó á llorar de una manera tan desconsolada que nada bastaba á contener el llanto, único desahogo del alma, cuando esta se halla con alguna pena. La infeliz Elvira tenia motivos para llorar y afligirse. Cómo oponerse á la voluntad de su padre? Cómo al mismo tiempo decir á Felipe que la mano que ella le habia ofrecido pertenecia ya á otro hombre? Semejante situacion para una niña tan jóven como Elvira, era demasiado terrible. Y en ella mucho mas que no habia hecho en toda su vida

mas que amar á Felipe con toda la verdad, toda la pureza del primer amor, y que su padre jamás la contradijo en lo más mínimo, porque la queria demasiado para quebrantarle los gustos y caprichos que como niña y mujer tenia. La amante de Felipe lanzó un lastimero suspiro, como arrancado de lo mas hondo del alma, y dijo á Piedad recostando sobre su pecho la cabeza:

--Ah, señora, qué desgraciada soy!

--Valor, hija mia, valor; porque si el espíritu se llega á empobrecer, todo se ha perdido. Vuestro padre obcecado no ha querido daros oídos; pero estoy segura que vuestras palabras han hecho eco en su excelente corazón.

--Ah, no lo creais! mi padre es muy amigo del conde, y atribuirá á calumnia todo cuanto se diga de él! Lo que sí puedo aseguraros es que no cederá ni un ápice... y yo seré la esposa de ese hombre infame y...

--Nunca, hija mia! esposa del conde de Haro!... antes preferid un convento, ó perded veinte vidas que tuviérais!

--Oh, Dios mio! Dios mio!

--Pero tranquilizaos... vamos, alzad la cabeza, alegraos y hablemos de... Felipe.

--Infeliz! no sabe lo que sucede..... no sabe que si sufro es solo por él, que le amo con delirio! Oh, sí; y antes hago lo que habeis dicho que pertenecer á otro hombre! Te lo juro por todo lo mas sagrado, por la memoria de mi madre querida, por nuestro amor santo y verdadero como el de los ángeles que habitan en las regiones celestes! O tuya, ó... Dios mio, tened piedad de mí! socorredme, no consentais que ese hombre malvado triunfe tambien esta vez!... para qué dejais en el mundo tanto tiempo sin castigo á semejante monstruo? Ah, señora, madre mia; permitidme os llame así... yo padezco, sufro de una manera superior á mis fuerzas!...

—Sí, sí, hija mia... repuso Piedad derramando abundantes y sentidas lágrimas. Sí, llamadme vuestra madre; para mí es un gran placer, y procuraré por todos los medios posibles que ese dicho se convierta en realidad. Tranquilizaos, os quiero ver contenta: vamos, hacedlo por Felipe, Elvira; necesito que estéis tranquila y sosegada para contaros el plan que he concebido...

—Plan! habeis concebido un plan... y encaminado á qué, señora!

—Encaminado á salvaros!

—Ah, bendita seais!.... sí, sí, hablad; ya estoy tranquila.... miradme bien; no veis mi rostro sereno?.... hasta me sonrío.... mirad, mirad...

Con efecto, á los lábios de Elvira se asomó una sonrisa forzada, con todo el sello de la amargura y el sufrimiento.

—Ah, bien, hija mia; escuchadme ahora: dijo la penitente pensando un momento.

Elvira la miraba con un interés cada vez mas creciente.

Piedad le cojió sus manos con cariño y le dijo despues bajando un poco la voz:

—Pienso ir á ver á vuestro padre, y decidle lo que es el conde de Haro; pero no creais, probároselo todo con hechos, si todavia cree una calumnia lo que le habeis dicho de él. Vuestro padre, estad segura de ello, aborrecerá enseguida á su amigo, porque no podrá menos de suceder así. Toda persona honrada, toda persona cuyo corazon sea como el de Don Jimeno, tiene que odiar, tiene que aborrecer el crimen y la falsía!

—Ah, madre mia! si tal sucediera me volveria loca de alegría.

—Pues no lo dudeis.

—Seguid, seguid... y despues?

—Despues le diré que el esposo que el cielo y el rey de Cas-

tillos ha elegido, es de muy noble familia y de padres conocidos.

—Y os creerá, señora? dijo Elvira como dudando.

—Vuestro padre creerá, si es caballero, á la hija de un infante de Castilla!

—Cielos! vos?...

—Sí, sangre real corre por mis venas y las de Felipe...

—Ah, señor, señor, conque es cierto?...

—Vuestro amante, vuestro esposo futuro, es nieto del infante Don Juan, hijo del sábio rey Don Alonso X!

—Ah, corred, madre mia; id á ver á mi padre y decírselo todo! Quiera el cielo que sean atendidas vuestras palabras! Id, señora, no perded tiempo... yo mientras tanto rogaré á Dios que mi padre.... Ah, no os detengais!..... aquí espero la vida ó la muerte! Si mi padre no consiente mi union con Felipe, si se obstina en casarme con el asesino de Fernando IV entonces no vengais... por esa señal, conoceré si yo debo... pero no, es imposible, mi padre no es cruel, y me ama demasiado! Id, madre mia; ya os espero con la respuesta, con un sí que me colmará de tanta felicidad como necesito ahora despues de tan rudos embates como he sufrido, ó con la negativa que acabará de matarme!

Piedad se cubrió con el manto de buriel negro que llevaba y salió de la estancia de Elvira, tomando la misma direccion que Don Jimeno de Luna habia seguido.

El anciano padre de la desgraciada amante de Felipe se hallaba triste y pensativo. Por mas que hacia por encontrar una persona de toda su confianza que le averiguase cuanto se decia acerca del conde de Haro, no podia hallarla, porque á cuantas conocia adulaban y mendigaban una sonrisa del poderoso hijo del último señor de Vizcaya, vuelto de nuevo á la corte y sus

intrigas. Don Jimeno se hallaba sentado en un sillón, con los codos apoyados en los brazos de este, y su frente ardiente descansando sobre sus manos blancas y finas como las de una mujer.

Piedad entró y dijo al mismo tiempo:

—Sois Don Jimeno de Luna y Osorio?

—Soy Don Jimeno; pero y vos?

—Yo soy una pobre mujer que viene á haceros una revelacion importantisima.

—Una revelacion! y sobre qué?

—Acerca de las dudas que teneis.

Don Jimeno miró sorprendido á la desconocida.

—Vuestro nombre?

—Piedad.

—No os conozco. Si os descubrierais...

—Perdonad, puede estar aquí alguien y temiera ser conocida.

—Y podeis decirme quien sois, siquiera; porque vuestro traje tan pobre y raro á un mismo tiempo me hace creer que efectivamente seais una pobre mujer... por otro lado, vuestras palabras...

—Voy á satisfaceros. Soy en efecto una pobre mujer, sola, desvalida, que nada tengo, sino una miserable choza en medio de los campos, donde vivo hace mas de quince años, llorando culpas pasadas y la maldad de los hombres.

—Luego sois...

—Una penitente, Don Jimeno, que ha abandonado su santa morada para evitar que un hombre malvado y criminal en estremo, cometa mas crímenes que los que ha cometido en su juventud!

—No os comprendo.

—Comprendereis al instante. Vuestro amigo el conde de Haro, es indigno hasta de pisar estos sitios!

—Indigno un noble á quien estimo y...

—No sigais! Sabreis lo que es Don Lope y os avergonzareis hasta de haberlo llamado amigo. Ya os he dicho que me he constituido en espía del conde, para evitar que triunfe de los planes infernales y diabólicos que en su mente forja. El conde de Haro ha nacido para el crimen; el conde de Haro se ha gozado en los espectáculos mas horrendos y sanguinarios! Ha visto espirar á un rey que tal vez hubiera sido la felicidad de su pátria, y el conde de Haro se ha sonreido de placer! Ese rey era Fernando IV, muerto por vuestro amigo!

—Señora!

—Os suplico me escucheis. El conde de Haro amó; pero como ama la fiera, á una jóven prohijada por la reina Doña Maria Alfonsa de Molina, y como esta jóven amase con delirio á uno de los desgraciados hermanos Carvajales, y se negase siempre á aceptar las proposiciones y ofertas de vuestro amigo, este se vengó achacando á los infelices hermanos la muerte de un señor de la casa de Benavides. El amante de Beatriz, y su hermano fueron precipitados por la peña de Martos, y la desgraciada jóven, llora hoy dia en el Monasterio de las Huelgas de esta ciudad, su desventura y la del esposo que el cielo le habia destinado.

—Y esa jóven se llama?

—Beatriz.

—Oh, cierto; en las Huelgas hay una monja amiga de mi hija que tiene ese mismo nombre y fué protegida por Doña Maria Alfonsa de Molina; dijo Don Jimeno, acordándose al mismo tiempo de lo demudado que se habia puesto el conde de Haro, cuando en el locutorio del convento nombró la abadesa á la de

Robledo.

—Sí, dijo Piedad; esa religiosa es la jóven cuya historia os he contado. Vuestro amigo se gozó en la pena y en los dolores de esa infeliz.

—Pero, señora, ese hombre es un mónstruo! exclamó el anciano indignado.

—Sí, un mónstruo; pero un mónstruo el más malo y malvado que ha existido jamás! Escuchadme, aun no he concluido: El conde amó á una pobre muchacha, hija del pueblo entonces, y educada por gitanos, porque sus padres la abandonaron desde muy niña. Ella accedió á los ruegos y promesas del vil que mas tarde la abandonara, y se entregó al conde porque la amaba con delirio. El fruto de este trato fué un hijo, que el malvado, mas adelante, cuando ya habia despreciado y aun sellado el rostro á la muger, cuyo delito era amarle mucho, le robó su hijo y lo abandonó, siendo niño de solo tres años.

—Esa historia es horrible, señora!

—Oh, y tan horrible! El malvado fingió arrepentirse de todos sus crímenes, y segun he sabido, ha vivido quince años que hace de esto procurando tranquilizar su conciencia. Todo mentira! Podeis creer que el hombre que cometió tantos asesinatos sin inmutarse siquiera, el hombre que fué perjuro una y mil veces, y que ni aun sintió en su pecho los afectos de un padre, pudiese llorar y rogar á un Dios, en quien no creía?

—Perdonad, señora, yo lo he visto, y puedo aseguraros.....

—Sí, tal vez estuviera arrepentido; pero ved cuan poco le ha durado. En el dia tiene ya proyectadas varias venganzas!

—Oh, estais cierta?

—Os lo juro por todo lo que querais.

—Hablad, contádmelo todo, señora, porque yo... pero despues os referiré lo que iba á hacer, ignorando cuanto me habeis

dicho. Seguid si os place.

—Todo lo sé, Don Jimeno.

—Todo! Luego sabéis que me ha pedido la mano de una hija única, que el cielo me ha dado buena y hermosa como un ángel?

—Sí, lo sé, y á eso precisamente iba á parar. Don Lope ha jurado la muerte del amante de vuestra hija, y poseer á esta á toda costa!

—Desgraciado! pero por qué? sabéis...

—El delito del primero es amar á Elvira tanto que ya casi raya en frenesí; el de la segunda, porque le ha dicho que le aborrece de muerte.

—Pero cuándo! cómo ha sabido Don Lope...

—El conde ha perseguido en el convento á Elvira sin dejarla un momento; hasta que enterada la superiora se vió en la precision de prohibirle poner más los piés en él. Un dia sorprendió á vuestra hija hablando en el jardin con su noble y valiente amante.

—Con que es cierto que Elvira ama á un jóven de desconocido origen?

—Sí, cierto; vuestra hija es amada por un jóven digno de ella.

—Digno de Elvira!

—Sí, el mismo rey de Castilla se honra con su amistad y....

—Seguid, qué os detiene?

—Os iba á decir que Alonso XI le ha ofrecido en vuestro nombre la mano de Elvira.

—Nunca! Mi hija no será la esposa de un desconocido, de un hombre que no tiene apellido!

—Ah, señor, exclamó la penitente en ademan suplicante; tened piedad de Elvira... vuestra negativa será su muerte, por-

que ama á Felipe con toda la verdad, toda la pureza del primer amor!... su tierno corazon no podrá soportar un *no* que destruiria toda su ilusion, y la esperanza lisonjera con que vive.

—Nunca, señora, ya lo habeis oido! Ya que no es esposa del conde de Haro, de ese hombre á quien miró con horror, jamás se separará de mi lado.... y cuando yo sea llamado á otra vida, que es la eterna. Elvira irá á llorar mi muerte á un Monasterio.

—Oh, no hagais tal, Don Jimeno! Desechad esa idea, y tened la bondad de escucharme.

—Hablad, señora; pero no pudiérais decirme quien sois?

—Perdonad, no puedo; y aunque pudiera no me conoceriais. Sin embargo, puede ser que algun dia os diga quien soy...

—Bien está, señora.

—Si contrariais á vuestra hija en sus amores, si os negais á á su enlace, enlace que Dios consiente desde el cielo y vuestro rey aprueba aquí, temed las consecuencias...

—Consecuencias!

—Sí, y fatales! Sabeis lo que es una pasion, y una pasion llena de ilusiones como la de Elvira? Sabeis lo que es el corazon de una mujer, que como el de vuestra hija vive y se mantiene amando, y dejaria de existir si ese poderoso apoyo le faltara? Ah, señor, sed compasivo y consentid en la union de dos ángeles, que han nacido para amarse, que serán desgraciados si se les separa, y dichosos si viven unidos, que es para lo que viven.

Don Jimeno se quedó pensativo un momento. Mil ideas y pensamientos se le agruparon á un tiempo á la mente. Por un lado veía á su hija, á quien amaba con frenesí, presa de la pasion que Felipe le habia inspirado, padeciendo horriblemente, porque él se habia opuesto al enlace que los dos amantes deseaban vivamente: por otro, luchaba con la fatal idea tan pro-

pia de aquellos tiempos, en que el esposo que el mismo rey habia dado á Elvira, era de origen desconocido y sin apellido. Cómo, decia Don Jimeno, entrego yo la mano de mi hija, de la única heredera de la casa de Luna, á un hombre sin apellido, sin origen conocido? Ah, imposible! imposible!... la heredera de mi nombre y riquezas tiene que enlazarse con un hombre, cuyo apellido sea tan noble y pueda igualarse con el de Luna y Osorio.

Piedad miró por largo rato con la mayor atencion á Don Jimeno. Este, pasóse una mano por su frente ardiente y abrasadora, y dijo otra vez, pero de modo que la penitente pudo oirlo perfectamente.

—Imposible! imposible!...

—Qué decís, señor? dijo esta palideciendo al mismo tiempo.

—Digo, que es imposible que yo consienta en semejante enlace...

—Y porqué? exclamó Piedad asustada.

—Porque el amante de mi hija es bastardo, y bastardo desconocido! La heredera de Luna necesita un esposo, cuyo apellido sea tan noble y preclaro como el suyo.

Piedad inclinó su cabeza sobre su agitado pecho y lanzó un lastimero suspiro. La infeliz padecia en aquel momento de una manera horrible. Las palabras del padre de Elvira, habian abierto en su corazon una llaga incurable. «*El amante de mi hija es un bastardo, y un bastardo desconocido,*» habia oido decir Piedad, de su querido hijo, del sér por quien la infeliz daria cien vidas que tuviese. Felipe, hijo mio, dijo para sí: perdon! perdon! yo te he hecho desgraciado!..... perdon! yo te he lanzado al mundo para que sufras insultos, para que seas despreciado, y para que te avergüences siempre de tu origen!... Ah, y entonces desesperado maldecirás una y mil veces á los que te die-

ron el sér... me maldecirás á mí, que soy tu madre, por ser criminal, á mí que te amo con delirio, que diera toda mi sangre porque no derramarás una gota de la tuya; y que haria los mayores sacrificios por verte feliz y contento! Felipe, no me maldigas, ah! soy inocente... porque yo hubiera querido darte una corona; pero tu padre que es un infame, me abandonó y te abandonó á tí, pobre criatura, nacida para padecer solamente!

Piedad procuró al cabo desechar tan tristes pensamientos, y despues de reflexionar un instante, animada por el deseo de hacer feliz á la muger que con tanta abnegacion y desinterés le amaba, dijo con tono indignado y quejoso á un tiempo.

—Con que quereis para vuestra hija un esposo, cuyo apellido sea tan noble y preclaro como el suyo?

—Sí.

—Pues bien, ahí teneis al conde Haro.

—Qué horror!

—Horror os causa! pues su apellido es tan noble y preclaro como el de Luna.

—Sin embargo...

—Ah, dijo Piedad interrumpiendo al anciano; no creí yo que fuérais tan orgulloso como esos nécios grandes y caballeros, que sacrifican á sus hijos por satisfacer esos fueros ridículos! Haceis bien, Don Jimeno, casad á vuestra hija con quien se os antoje, separadla del amor de Felipe, y la perdereis para siempre! Pero qué os importa? habeis perdido á vuestra hija única, á quien decís que amais mas que á vuestra vida, y en cambio vuestro apellido, vuestra clase no se ha rebajado en nada!

—Señora!

—Teneis razon, callaré... y perdonadme, os suplico, si deseosa de librar á vuestra hija de tantas desgracias como le preparais, me he escedido...

—Oh, no seguid, seguid.... vuestras palabras están llenas de verdades que me veo en la necesidad de confesar. Pero decidme; si como yo tuviérais una hija única, á quien amáseis como yo amo á la mia, no procuraríais que todo lo mas principal fuera para ella y...

—Sí; pero si en ello no estaba su felicidad, todo lo arrostraría y por todo pasaba con tal de que no padeciese mi hija, esa parte de nuestras entrañas! Y si no, decidme: si os dijeran que vuestra hija, la bella é interesante Elvira, seria desgraciada para siempre á menos que no consintierais en el enlace...

—Accederia, señora, accederia; pero á costa de otros sacrificios bien grandes por cierto!

—Ah! pues tened entendido que sin el amor de Felipe, Elvira, se agostaria insensiblemente como la flor que ha sido mordida por un insecto venenoso, ó como la que ha sido arrancada violentamente por el huracan... Vos no conoceis, sin duda, lo que es una pasion contrariada en una naturaleza tan sensible y delicada como la de vuestra hija...

—Señora, teneis razon; pero...

—Permitidme; voy á haceros una revelacion que os pido guardéis siempre en lo mas recóndito de vuestro pecho.

—Hablad! hablad! exclamó el anciano con alegría.

Piedad guardó silencio un momento, y despues dijo bajando la voz, á fin de que sus palabras fuesen oidas solamente por Don Jimeno:

—El amante de vuestra hija es bastardo, no lo niego; pero no de orijen desconocido. La sangre de los reyes de Castilla corre por sus venas, porque su desgraciada madre es hija de un infante que habreis conocido en vuestra mocedad...

—Vive?

—No; el infeliz tuvo una muerte espantosa, sin duda para

expiar, si no sus crímenes precisamente, las revueltas é intrigas de que fué autor, y lo mucho que hizo sufrir á su patria y al rey su sobrino.

—Y ese infante se llamaba...

—Don Juan, hijo tercero del sábio rey Alonso X.

—Y el padre, señora? el padre de ese jóven...

—Perdonad, ese es el secreto. Solo os puedo decir que es tan noble como el mismo rey. Algun dia os doy mi palabra de decíroslo.

—Basta, señora, basta... mi hija será la esposa del protegido de Alonso XII! Dios los colme de eterna ventura!

La puerta que daba entrada á la habitacion de Don Jimeno, y que solo se hallaba entornada, abrióse repentinamente. Dos personas penetraron por ella radiantes de alegría.

—Padre mio, gracias, gracias!... exclamó la primera que el lector habrá conocido por Elvira, quien se arrodilló á los piés de Don Jimeno, derramando lágrimas de alegría y agradecimiento.

—Señor, vuestra es mi vida! exclamó el segundo cayendo tambien de rodillas á los piés del anciano.

—Felipe! exclamó la penitente descubriéndose y echándose en los brazos del que creia su hijo.

—Madre mia!... repuso el jóven casi loco de contento y permaneciendo largo rato entre los brazos de Piedad.

—Su madre! dijo sorprendido el de Luna, que al ver á Elvira arrodillada á sus piés se apresuró á levantarla para estrecharla multitud de veces contra su corazon.

—Sí, mi madre, Elvira, mi madre, señor. Esta es mi madre, á quien amo con frenesí, mi verdadera madre, buscada y no hallada hasta hoy en el espacio de diez y ocho años!...

Piedad estaba casi petrificada. La alegría le habia quitado la

acción y el uso de la palabra.

—Madre mia, miradme, soy yo, vuestro hijo querido... escuchad: Nuño se ha encontrado á un bandido muy anciano, criado de Hugo de Troumblay, y le ha dicho, escuchadme, le ha dicho que yo soy vuestro hijo! No ois? Soy el hijo que tanto habeis llorado!... No me conoceis, madre mia?

Piedad volvió en sí del parasismo en que tan agradable y no esperada sorpresa la habia sumerjido, y exclamó despues de mirar á Felipe un momento, con ojos preñados de lágrimas.

—Hijo de mi alma!...

La misma escena de lágrimas, suspiros y vivos trasportes de alegría, volvió á reproducirse. Piedad abrazaba y acariciaba á su hijo sin cesar, y diciendo al mismo tiempo:

—Mi hijo!... Dios me ha oido! oh, qué placer! Estrechar su mano... acariciar su bello rostro... Felipe, hijo mio, cuánto te amo!

Esta escena tan natural y propia, si no se acabó completamente, fué modificada porque Piedad comprendió al cabo que no estaba sola con su hijo. Don Jimeno de Luna y Osorio participaba en union de su hija del contento que la penitente tenia. Esta se apresuró á decir:

—Ah, perdonad, señor, me habia olvidado...

—Dispensada estais, señora; y creed que he tenido un gran placer en veros un instante dichosa.

—Ah, sí, dichosa... es verdad! y dicha que me durará siempre. Este es mi hijo, señor: este es el jóven cuyo orijen os referia cuando entraron aquí precipitadamente. Quereis completar la felicidad de la madre mas dichosa que ha existido?

—Os comprendo, señora, os comprendo, y la palabra que dí entonces os la reitero ahora. Nuestros hijos verán cumplidos sus deseos.

—Ah! cuán bueno y generoso sois! exclamó Piedad enternecida, mientras que los dos jóvenes volvieron á arrodillarse cogidos de las manos, á los piés de Don Jimeno. Este se apresuró á decir, levantándolos con cariño y dejando correr por sus mejillas gruesas lágrimas, que bien pronto desaparecieron en su compacto y blanco bigote.

—Alzad, hijos míos, alzad; el cielo ha unido vuestros corazones; yo uniré para siempre vuestras manos... Sed felices y amadme tanto como yo os amo!

Los dos jóvenes se precipitaron en los brazos del anciano. Después se miraron uno á otro, y un grito de placer, de dicha inefable espiró en sus lábios.

Dos días después, cuando Don Jimeno de Luna y Osorio se presentó al rey, que no había visto desde que se fuera á Alemania, le dijo el monarca, así que hubieron pasado las palabras de ceremonia:

—Tengo que pedir os perdón, Don Jimeno.

—A mí, gran rey?

—Sí, á vos, porque he dispuesto de una cosa que os pertenece exclusivamente.

—Puedo asegurar á tu alteza á fé de caballero, que no comprendo una palabra de cuanto te dignas decirme.

—Ya veo que os haceis el desentendido; será preciso que yo me explique. Habeis de saber que durante vuestra ausencia, y mientras que vos arreglábais en Alemania las inmensas riquezas que habeis heredado para vuestra hija, yo disponia de su mano aquí, sin encomendarme á Dios ni al diablo.

—Señor repuso el anciano inclinándose; tu alteza es dueño de mi persona y de todo cuanto me pertenece.

—Sois, Don Jimeno, la persona á quien mas estimo en mi corte, por vuestra lealtad y nobleza: contestó Alonso XI alar-

gando su diestra al anciano que estampó en ella un beso con el mayor respeto.

—Y cuál es el esposo, dijo despues, que tu alteza se ha dignado destinar para mi hija?

—Oh, un jóven bellissimo en extremo y valiente como un Cid. Yo mismo me honro con su amistad, Don Jimeno.

—Podriais decirme su nombre?

—Felipe solamente, porque el infeliz tiene la desgracia de ser bastardo, y bastardo de padres desconocidos. Pero no os apureis por eso, porque su nobleza de carácter, su bondad de corazon, y el poder que tiene en su brazo, le hace digno de la espuela que su mismo rey le calzará muy pronto. Si yo le he ofrecido la mano de vuestra hija, es porque tengo entendido que se amaban antes. En un torneo en que salió triunfante, me pidió como gracia la mano de Elvira, porque creia que vos no se la concederíais. Con que puedo decirle...

—Señor, mi intencion era, despues de saludaros, pedirós la gracia de que os dignárais ser el padrino de la boda de mi hija.

—Cómo, la casais!...

—La caso muy pronto.

—Luego mi recomendado...

—Vuestro recomendado es el esposo que he destinado á Elvira, satisfaciendo sus deseos, los vuestros, y los de un padre, que solo quiere la felicidad de su hija. Señor, estais ya obedecido. Elvira entregará su mano á Felipe el dia que tu alteza disponga.

—Al instante, Don Jimeno, me ofrezco de buen grado á ser el padrino, y por lo mismo quiero salir pronto de mi cometido. Vuestra hija es á lo que entiendo, la mas rica heredera de Castilla?

—Sí, posee un capital inmenso que tal vez no tenga compe-

tidor.

—Bien, Felipe lo será tambien.

—Gracias, generoso rey: pero para qué lo necesita?

—Oh, sí, tengo que recompensarle... ese jóven me ha prestado servicios en extremo importantes. Me ha salvado la vida dos veces, una librándome del furor de unos asesinos que me acometieron una noche en la calle, y otra proporcionándome lo que necesita mi corazon para ser feliz. Con qué puedo yo recompensar tamaños servicios? Yo le he ofrecido armarlo caballero, hacerlo noble si no lo es; le he ofrecido riquezas, señoríos y todo cuanto desee, nada de eso me parece bastante...

—La mejor recompensa que tu alteza, á mi entender, ha podido darle, y la que estoy seguro, apreciará Felipe más sin duda, es la amistad con que le has honrado. Porque, qué mejor recompensa que el cariño de un rey?

—Sin embargo...

—No lo armáis caballero?

—Sí.

—Pues entonces basta con eso, señor.

El rey y Don Jimeno se separaron al cabo, resuelto cuanto antes á que se celebrase la boda que los dos amantes deseaban vivamente.

Pero antes de pasar á otro asunto que hace tiempo está llamando nuestra atencion, aunque para ello tengamos que retroceder en el curso de nuestra historia, explicaremos por qué Elvira y Felipe se hallaban juntos.

En seguida que el amante de Elvira dejó en el alcázar á doña Leonor y al Maestre, se dirigió volando al Monasterio de las Huelgas, para ver á su amante en primer lugar, y para referirle cuanto le habia sucedido, teniendo entonces mas esperanzas que nunca, de conseguir su mano, porque le habia casi ofrecido

terminantemente el rey que sería esposo de la jóven que tanto amaba. Cuál sería la sorpresa de Felipe, se concibe fácilmente, al saber que Elvira había salido del convento, porque Don Jimeno había regresado de su viaje y sacádola del Monasterio para vivir en Burgos en una preciosa casa de su propiedad. Felipe no supo si alegrarse ó nó con la venida del padre de su amada: por un lado se alegraba porque sabría al fin el resultado de las promesas del rey, y por otro temía, porque tenía una desconfianza, que por más que hacia no lograba desechar. Sin embargo, resuelto á ver á Elvira, para prevenirla y para estrechar su mano, se decidió ir á Burgos y penetrar á toda costa en la casa de su amada. Felipe, como habrá tenido lugar de ver el lector, era resuelto y arrojado: jamás retrocedía cuando para lograr sus deseos se oponía cualquier incidente que por grande y sério que fuese siempre calificaba de insignificante. Así es que el jóven capitán de la guardia del rey llegó al instante á la casa donde vivía Don Jimeno, precisamente en el momento en que Piedad se interesaba con el de Luna por él y por su amada. Felipe dió dos ó tres vueltas alrededor de la casa, y se paró después por una casualidad en la misma esquina donde la penitente poco antes pidió á Elvira que le permitiera subir, pues tenía cosas importantes que referirle. Mientras que Piedad hablaba con Don Jimeno, Elvira que tanto había sufrido con las palabras de su padre, y que se hallaba con el alma pendiente de un hilo, como suele decirse, durante la penitente convencia á este, se resolvió asomarse á la ventana que daba á la calle, con el objeto de refrescar en algun tanto su cabeza, que un fuego abrasador, el fuego de la fiebre, había tomado asiento en ella. La primera cosa que se presentó á los ojos de Elvira, fué un hombre que miraba á la casa con detenimiento.

La hija de Don Jimeno lanzó un grito acompañado de esta

palabra.

—Felipe!

—Elvira! dijo tambien el jóven tendiendo hácia ella los brazos.

Pasada la primer sorpresa, le dijo este:

—Yo necesito hablarte, Elvira mia; tengo que decirte que muy pronto seremos felices.

La frente de Elvira se nubló ligeramente.

—Felices! dijo á media voz; infeliz! ignora cuánto pasa!

—Qué tienes? Te veo pálida y....

—Oh, mucho tengo... si necesitas verme para hablarme de de nuestra felicidad, yo tambien deseaba verte para hablarte de nuestra desgracia!

—De nuestra desgracia?

—Sí; pero aquí es fácil que nos vean: vuelve la esquina y párate en una puerta que dá al jardin: iré á abrirte y...

Elvira no pudo continuar; la voz se le anudó en la garganta, y sus ojos se inundaron de lágrimas. Bajóse de la ventana precipitadamente, y se dirigió al jardin, donde se hallaba la puerta en que esperaba Felipe atónito y aturdido con lo que habia oido decir á la jóven.

—Elvira! amor mio! exclamó el jóven capitan del rey apoderándose con presteza de una mano de su amante. Elvira, qué palabras me has dicho? qué significan? Oh, habla! habla...

—Una desgracia enorme pesa sobre nosotros! oh, perdon... yo te amo mucho y al mismo tiempo...

—Cielos! pero qué te pasa! qué hay?

—Felipe, me separan de tí! porque...

—Acaba! quién? por qué? Dímelo todo, nada omitas; porque ardo en deseos de saber ese misterio. Quién te separa de mí? quién tiene bastante poder...

—Mi padre...

—Tu padre! Ah, es verdad! pero porqué? porqué ha sido?

—Porque...

—Elvira, no me hagas padecer! Acaba...

—Oh, no puedo.... no quisiera...

—Acaba... acaba...

—Porque me casan, Felipe, me casan!...

—Maldicion!

—Me casan con un hombre á quien tú y yo aborrecemos de la misma manera! Me casan con un mónstruo....

—Su nombre! habla... dime su nombre y te juro que dejará de existir hoy mismo! Su nombre, Elvira!...

—El conde de Haro.

—Ah, ese hombre no está al alcance de mi espada!

Y Felipe inclinó su cabeza sobre el pecho, y se retorcíó las manos con indecible rábía.

Elvira le contemplaba atónita y vertiendo lágrimas ardientes.

—Felipe!... dijo al cabo cogiéndole una mano con cariño. Felipe... amor mio!...

—Oh, tienes razon; una desgracia enorme pesa sobre nuestras cabezas! Infeliz de mí! y yo que venia loco de amor, de felicidad, á decirte que el rey me ha ofrecido casi terminantemente tu mano...

—Oh, eso le dije á mi padre y me contestó que el rey no tiene derecho para disponer de su hija.

—Pero tú no le dijiste que el conde de Haro es un malvado, un infame...

—Todo, todo, nada bastó, me dijo que eso era una calumnia; añadiendo que seria á toda costa la esposa de Don Lope!

—Y piensas...

—Ah, no me preguntes, no aumentes mi dolor!

—Pero me amas?

—Felipe, necesito decírtelo?

—Oh, pues si me amas...

—Y mi padre? y el deber?

—Luego piensas sacrificarme? Ah, ingrata! maldicion!

—Felipe! mira...

—No, no te escucho, perjura; no te escucho! sé feliz, Elvira! yo mientras tanto maldeciré en un destierro mi suerte y el engaño de una mujer, deslumbrada con el brillo de una corona! Ah, comprendo, Don Lope es conde, noble, rico y...

—Semejantes palabras no las esperaba de tí! Ah, en vez de compadecerme, en vez de animarme, me insultas y me desprecias! y eres tú el hombre que me amabas tanto? Mentira, mentira!... si me amáras verdaderamente...

—Ah, perdon! perdon, Elvira mia!... perdon... yo estoy loco, no sé lo que me digo porque el dolor me tiene ciego, la idea de verte yo en brazos de otro me ha embargado los sentidos!... perdon, Elvira mia, perdóname... yo te amo mucho... Oh, con delirio! sin tí, seria desgraciado siempre, sin tí viviria como vive la fiera á quien le han robado sus cachorros! si me amas, si tu amor es una verdad, nada temas; huiremos á donde tú quieras, y disfrutaremos en otro lugar despues que la iglesia nos haya unido, de la felicidad que aquí nos quieren arrebatat! Aceptas? Oh, dí que sí, y ahora mismo...

—Basta... ven conmigo, Felipe, vamos á oir nuestra sentencia ó las palabras que nos han de hacer felices eternamente! Escucha, si mi padre se niega absolutamente á consentir nuestra union, y me casa á la fuerza y contra mi voluntad con el conde de Haro....

—Acaba!

—Te juro por nuestro amor y por el Dios que nos está escu-

chando, que un puñal atravesará antes mi corazón! ó tuya, ó de la muerte!...

—Elvira!...

—Sígueme, sígueme, no te detengas! dame tu mano y caminemos juntos así hasta la habitación de mi padre.

Los dos jóvenes echaron á andar y llegaron á la habitación de Don Jimeno en el momento precisamente en que este decia á Piedad: Basta, señora... *Mi hija será la esposa del protegido de Alonso XI. Dios los colme de eterna ventura!*

Elvira y Felipe se miraron llenos de asombro.


Pero cuando el anciano volvió á repetir las mismas palabras, entonces se estrecharon las manos que tenian asidas, y despues de dirigirse una mirada henchida de amor, de felicidad, penetraron los dos en la estancia y se precipitaron á los piés del anciano como tuvimos lugar de ver.





CAPÍTULO XXV.

De como hay que hablar de un asunto que se dejó pendiente, por referir al lector todo lo que hemos dejado dicho en el capítulo anterior.

IRMES en nuestro propósito de seguir en un todo al cronista, nos vimos en la precisión de abandonar al maestre de Alcántara y á Doña Leonor de Guzman en el momento precisamente de llegar al alcázar real, y cuando ya Alonso XI los habia visto. El verdadero ó primitivo narrador de estos hechos, que nosotros vamos refiriendo con desaliñada y mal cortada pluma, se disculpa diciendo, que dejó al Maestre y á su víctima, aunque en lo mas interesante, porque hacia mucho tiempo no se hablaba ni se decia nada de Elvira y demás protagonistas, y tenia sus barruntos

de que el público hasta se olvidára de ellos. Pero remediada esta falta, si no del todo en parte, retrocede en el curso de la narracion y dice que Felipe y su amigo el valeroso Nuño Fajardo penetraron en el alcázar real, y como gente que conocian el terreno, principalmente el primero, lo anduvieron todo con sus cargas á cuestas, hasta que hallaron una preciosa habitacion donde dejaron á Doña Leonor, echada en una magnífica y mas que magnífica cómoda poltrona, que en nada desmerecia al mas blando lecho, y otra con honores de calabozo, donde encerraron al Maestre, contra su voluntad y esfuerzos. Felipe cerró las puertas de ambas habitaciones con toda seguridad, y despues dijo restregándose las manos de alegría:

—Ya he ganado la mano de Elvira y la espuela de caballero.

—Cuerno y sangre, sabes que todo eso no es nada para los peligros que hemos pasado, y para el trabajo que nos ha costado arrancar á Doña Leonor del poder de ese renegado?

—Oh, no lo creo yo poco, Nuño! para mí es la suprema felicidad poseer el objeto amado de mi corazon y calzar la espuela de caballero, es decir; tener derecho para castigar al que me falte, sea noble ó plebeyo... Mi situacion es en el dia la mas triste... soy bastardo, no estoy armado caballero y...

Nuño se dió una palmada en la frente y exclamó interrumpiendo á Felipe:

—Por Baco y Barrabás, que soy el hombre mas desmemoriado del mundo! Pésia mi alma! pues no es nada lo que se me ha olvidado contarte!... Vamos, si cuando digo...

—Pero qué te sucede? dijo Felipe sorprendido.

—Maldicion! pues si no hablas ahora de bastardo, me quedo yo sin decir una palabra de cuanto sé, y tú ignorando... A pesar que hubiera visto alguna vez á aquella mujer santa y buena que tanto te ama, y al instante me hubiera acordado...

—Júrote por el diablo, que si no supiera cosa en contrario, creeria que estabas borracho... De qué hablas? y qué mujer es esa...

—Hablo de la monja... por Cristo, que no me acuerdo como se llama la mujer que como ella vive en el campo, y en una ermita, entregada noche y dia á la oracion y á la penitencia...

—Ah, hablas de la penitente?

—Sí, cáspita, de esa te hablaba...

—Pero qué tiene que ver ahora....

—Vamos, voy á referírtelo todo y verás como tiene que ver la penitente con lo que yo decia. Es el caso... pero dime, y perdona, tú no piensas ir á ver al rey y decirle que estamos ya de vuelta con víctima y victimario, ó vas á estarte todo el dia haciendo la guardia á ese diablo de Maestro que Dios confunda?...

—No, porque es muy temprano aun y su alteza no habrá abandonado todavía el lecho... y como habíamos de esperar en otra parte, esperamos aquí á la vista de...

—Comprendo, comprendo ahora perfectamente... Qué diablo, yo como no vea las cosas tan claras como el dia, maldito si entiendo una palabra...

—Pero no sigues lo de la penitente?

—Ah, rayo y Belcebú, pues no me olvidaba otra vez! Vamos, soy el hombre con la memoria mas infeliz! Es el caso que un dia, esto sucedió antes que partiésemos para el castillo de Don Gonzalo, me ví entrar por las puertas de mi casa sin decir oste ni moste... Tú te acuerdas de aquel viejo francés que era criado de Hugo, tu padre adoptivo, llamado...

La frente de Felipe se nubló de pronto. Los mas espantosos recuerdos se le vinieron á la imaginacion. Miró á Nuño con desagrado, y le dijo sin poderle ocultar el disgusto que tenia en oírle hablar de cosas que queria olvidar á toda costa.

—De qué viejo hablas?

—Del que servia á Hugo de Troumblay, de aquel anciano que tanto te llevó en brazos... se llamaba... infame memoria!

Felipe se encogió de hombros. No se acordaba del nombre de su nodriza.

—Ah, cáspita, ya me acuerdo... se llamaba Troufoit!

—Es verdad, así se llamaba: pero qué queria Troufoit?... Yo hacia ya muerto á ese pobre hombre...

—Y yo... pero cádate que cuando mas ageno estaba no digo de eso, sino de él siquiera, me lo veo entrar por las puertas de mi casa, dándome los buenos dias con la mayor cortesía y amabilidad.

El infeliz iba desconocido. Debe vivir en la mas espantosa miseria porque llevaba unos andrajos queapestaban á cien leguas.

—Quién sois, buen hombre?... le dije sin conocerlo.

—Tan demudado estoy que no os acordais de mí?

—No os conozco por mas que hago...

—Pues soy Troufoit...

—Troufoit... Troufoit... dije yo, queriendo acordarme del apellido.

—El criado que el señor Hugo tenia para cuidar aquel niño á quien todos tanto queriamos.

—Ah, teneis razon, camarada! exclamé dándole mi mano con afecto. Y despues me contó una porcion de cosas tales, como porque se separó de los *formidables* y como me habia hallado. El infeliz concluyó por pedirme una limosna.

—Y le socorriste? dijo Felipe con interés.

—Diablo, ya lo creo; le dí un buen puñado de monedas de plata de las que Don Gonzalo me dió, y el pobre no sabia como darme las gracias. Cuando ya se marchaba, se me ocurrió una

idea magnífica...

—Veamos.

—Me acordé de la penitente y dije, puede ser que este Troufoit, ó diablo, sepa quienes son los padres de Felipe...

—Mis padres!

—Sí; y para el efecto, le llamé y le dije despues de hacerle echar un buen trago del vino que sabes suelo yo beber: Estais enterado, amigo Troufoit de los secretos de nuestro antiguo capitán?

—De algunos, me contestó; no sin sorprenderse de mi pregunta.

—No hay que sorprenderse, camarada, le dije: solo quisiera que me contáseis algo, si sabeis, acerca de Felipe...

—Del niño...

—Sí, del niño que pasaba por hijo de Hugo. Era efectivamente su padre nuestro capitán?

—No.

—Y sabeis quién se lo entregó á él, ó por donde...

—Voy á deciros cuanto sé.

Felipe prestó la mayor atencion, al decir Nuño las anteriores palabras.

—Los soldados de Hugo, dijo el viejo Troufoit, cogieron en el camino de Burgos á una mujer anciana y horrible llamada Simeona, que huia de la ciudad con el niño y una porcion de dinero que habia robado al médico del rey, judío que tenia mas oro escondido que el que hay en toda España si se reuniera. Nuestros compañeros, la llevaron ya casi cadáver á presencia de Hugo, porque la maltrataron atrocmente en vista de que ella puso una tenaz resistencia en entregar el dinero que llevaba. Hugo de Troumblay le hizo varias preguntas acerca del niño, de quien se enamoró al verlo tan hermoso, preguntas que

la vieja satisfizo con voz débil y apagada.

—Y esas preguntas! exclamó Felipe de pronto.

—Esas preguntas fueron contestadas de esta manera: La vieja dijo que huía de Burgos con aquel dinero robado al judío su amigo, muerto por el infante Don Juan, y que el niño que llevaba se lo había entregado dicho judío para que lo cuidara, mientras sus padres lo reclamasen. Y sabéis el nombre de los padres de esta criatura? dijo Hugo, cuando ya la anciana casi tenía vida.—Lo sé, contestó con trabajo.—Sus nombres...—La madre se llama Piedad, y el padre... La anciana espiró sin decir el nombre de tu padre.

Felipe estaba tan sorprendido que no oyó casi las últimas palabras de su amigo Nuño.

El viejo Troufoit continuó de esta suerte:—Muerta la vieja dispuso nuestro capitán que la registrase, y entre el mucho dinero que tenía se le encontraron unos papeles concernientes al nacimiento del niño que Hugo adoptó por hijo. Estos papeles fueron rotos por el capitán, á fin de que no encontrasen sus padres al niño que se le llamó desde entonces Felipe.

—Luego...

—Tu nombre verdadero, según dijo el anciano Troufoit, es Enrique.

—Enrique!

—Sí.

—Y mi madre es la penitente?

—Sí, porque se llama Piedad y llora, á lo que creo, un hijo que le quitaron cuando niño, cuyo nombre era Enrique.

—Gracias, Dios mio!... exclamó el capitán alzando las manos al cielo. Oh, bien me lo decía el corazón!... Madre... madre... con que puedo pronunciar tan dulce palabra?... Quédate, Nuño, quédate aquí un momento: voy á buscarla, á decirle soy vues-

tro hijo, madre mia!... soy el hijo que tanto habeis buscado y llorado... soy Enrique... madre querida, Enrique, el mismo á quien buscais todavía!...

Nuño Fajardo procuró sonreirse para disimular lo conmovido que estaba.

Felipe tendió su diestra á el ex-teniente, y le volvió á decir, disponiéndose á marchar:

—Quédate, Nuño, quédate aquí cuidando del preso, mientras yo busco á mi madre querida...

—Pero adónde vás?

—A la ermita á...

El amante de Elvira se encontró detenido por unos brazos vigorosos. Un hombre le detuvo al atravesar un callejon estrecho y oscuro que habia inmediato al sitio donde estaba Nuño Fajardo.

—Quién sois, quién sois, voto al diablo! exclamó Felipe sin poder ocultar su impaciencia.

—No me conoceis, caballero?

—Como os he de conocer si no me veo ni aun los dedos de las manos?

—Pues venid á la luz.

—Oh, dejadme! necesito...

—Venid, caballero; yo tambien necesito veros.

—Pero quién sois?

—Me conoceis? dijo el desconocido, saliendo á la claridad.

—Perdon, señor; perdon!.... exclamó el jóven inclinándose con humildad y respeto.

—Ah, y os queriais marchar ahora cuando mas necesito de vos?

—No señor; tu alteza puede disponer de mí... solo que creyendo estábais aun en el lecho; marchaba á...

—No, no dormía: os he visto entrar en Burgos... con... decidme si me he engañado... si el deseo, me ha quitado la vista... si el deseo me ha hecho ver una cosa que no venia con vos.... Leonor, ha venido Leonor?

—Sí, rey de Castilla, ha venido: os ofrecí traéros-la y no me hubiera presentado, si por desgracia...

—Donde está, donde está? De dónde habeis venido con ella? Quién me la arrebató? oh, hablad, decídmelo todo... decidme si ha padecido, si ha sido desgraciada... todo, Felipe, amigo mio, todo!

—Señor, con Doña Leonor ha venido su raptor.

—Su raptor!

—Sí, el hombre vil y villano...

—Su nombre!

—El raptor de Doña Leonor, es el asesino que osó levantar su espada contra tí, aquella noche que tuve la honra...

—Oh, su nombre, Felipe! decídmelo cuanto antes!...

—Don Gonzalo Martínez.

—El Maestre de Alcántara!

—El mismo, señor: el maestre de Alcántara era el que tenia á Doña Leonor encerrada en el sitio mas apartado de su castillo... el maestre de Alcántara habia jurado poseer á toda costa á vuestra amante.

—No, Felipe, os han engañado: el maestre de Alcántara es solo un mero instrumento de la reina. Pero seguid, contadme como habeis podido llegar hasta donde estaba Doña Leonor; os suplico por lo que mas ameis, no omitais la menor circunstancia!

El futuro esposo de Elvira refirió á Alonso XI cuanto habia hecho y pasado, por librar á Doña Leonor del maestre de Alcántara.

—Bien, os habeis portado como esperaba, amigo mio.

—Señor, tanta bondad...

—No, no es bondad; es que el rey de Castilla solicita vuestra amistad. Quereis concedérsela?

—Por Dios, señor, hasta mi vida os diera!

—Lo sé valiente jóven; pero guardadla, guardadla para otra persona... Elvira vendria mañana reclamando vuestra vida, tan preciosa... no quiero ser egoista... vuestra vida es de la hija de Don Jimeno; yo solo quiero vuestra amistad.

—Cesad, gran rey; cesad en vuestros elogios, porque me confunden sobremanera; yo no soy digno, ni con mucho mas que hiciera por tu alteza, no soy digno, decia, á tantos favores, á tanta honra! Cualquier súbdito leal, hace por tu alteza lo que yo....

—Equivocado estais, y permitidme que os lo diga: tengo en mi corte pocos hombres tan fieles y valerosos como vos. Y si nó escuchadme: yo tuve un amigo á quien colmé de títulos y bienes, por malgastar las rentas de la corona, y por abusar de la privanza que tenia conmigo, sacando en mi nombre á los pueblos cuanto dinero podia. Hubo un dia en que este pueblo sufrido y virtuoso se cansó de aguantar tamaña tiranía, y se propuso hacérmelo presente de una manera que á mí me llegase al alma. Con efecto, Valladolid me cerró sus puertas si no despedia al audaz favorito que todo lo dirigia y mandaba á su antojo. Y en vez de ofrecerse él á separarse de mí, para no agravar la situacion, en vez de decirme: Rey de Castilla, Valladolid tiene razon; yo me retiro, y si algun dia necesito vuestra amistad, volveré seguro que me habeis perdonado...

—Y el conde....

—El conde de Trastamara, no solo se encolerizó al oír mi determinacion, sino que se rebeló contra mí, y osó amenazarme.

— Infame!...

— Oh! pues no quedó ahí. Sin embargo, á pesar de todo, lo perdoné y le dejé sus títulos y riquezas, y el infame apóstata dió el grito en la frontera de «*Muera Alonso XI.*» La justicia y mi honor ofendidos estaban pidiendo una pronta y enérgica reparación! Lo demás ya lo sabeis. Ahora bien, si colmé de títulos y honores á un hombre que conspiraba contra mi hacienda y mi crédito, qué no os haré á vos que sois noble de corazón y honrado por naturaleza; á vos, por último, que me habeis dado la felicidad más grande! Si perdiera la corona de mis padres y vos me la rescatárais, no me hubiera alegrado tanto, no fuera tan feliz!

— No?

— No, Felipe... Y si no decidme; qué preferiríais mejor, la vida moral, las afecciones del corazón y las gratas y súbitas sensaciones, ó esa vida ficticia y deslumbradora que todo es oropel y aparato, y que si bien es verdad que llena las exigencias de la sociedad y del mundo, no satisface este vacío que tienen en el alma las personas que carecen de un amor verdadero?...

— Oh, yo desearía veinte coronas, señor!....

— Bien, sois de los míos! Dejemos ahora esta conversacion, y conducidme al momento á donde se halla Leonor...

El monarca se sonrió de placer, y siguió á Felipe que en un instante llegó á donde estaba el valiente ex-teniente de los formidables.

Nuño, se cuadró como un soldado y saludó al rey con el mayor respeto.

— Es amigo vuestro, Felipe? dijo Don Alonso al ver á Nuño Fajardo.

— Y de los más íntimos, señor: el valiente Nuño ha contri-

buidó no poco...

—Calla!

—Aquella magnífica idea de que pasáramos por los certine-las como si fuéramos yo el Maestre, y él Rui Pero su escudero fué del amigo Nuño.

—Magnífico! habeis sido militar?

—En mis primeros años fui oficial de las tropas del rey de Aragon.

—Y despues?

—Despues... desengañado...

Felipe miró con ojos ávidos á su compañero. Este comprendió el significado de semejante mirada, y continuó, procurando enmendar las palabras que habia vertido.

—Despues, desengañado de los hombres, no hice nada, en servicio de ellos.

—Ola! sois filósofo?

—Rara vez, señor: el buen vino de Toro me hace olvidar muchas veces la injusticia de los hombres...

—Vuestro amigo, dijo el rey volviéndose al amante de Elvira, y haciendo porque Nuño no lo oyese; os relevará en el cargo de capitán que vos desempeñais con los soldados de mi guardia.

—Gracias en su nombre, generoso rey!

—Servios indicarme donde está Leonor.

Esta, que ya habia vuelto de su desmayo, dejó el sillón que ocupaba y todo lo miró sorprendida. Dios mio! esclamó; donde estaré ahora? esta casa, estas ventanas sin rejas, este hermoso aposento no es el mismo donde el infame maestre de Alcántara...

Doña Leonor calló de pronto, porque la puerta que daba entrada á su habitacion, se abrió con fuerza. Las últimas palabras

de la de Guzman llegaron á oídos de Alonso XI.

—Leonor! exclamó el monarca corriendo hácia ella presuroso.

—Señor... Alonso! dijo esta, dudando de lo que veia y precipitándose delante de Felipe, en brazos del rey de Castilla.

Hubo un momento en que los dos amantes, satisfaciendo justamente los deseos de sus corazones, se contemplaron en delicioso éxtasis. Felipe miró con envidia tamaña dicha.

Pasados en el monarca los trasportes de alegría que el hallazgo de su amante le habia proporcionado, despues de contemplarla una y otra vez, despues de prodigarle las mas cariñosas y amantes palabras, le dijo sin poder ocultar su indignacion, y la rabia que contra el Maestre se iba formando en su pecho.

—Sereis vengada, señora; conozco ya á vuestro infame raptor!

—Perdon, rey de Castilla! perdonadle por esta vez... que no sea yo causa de la muerte de un hombre. Perdonadle, os suplico... yo que he recibido grandes agravios de él, que hasta he sido amenazada... le perdono... porque la dicha que experimento al veros, ha desterrado para siempre de mi corazon la rábia que en un momento tuve contra Don Gonzalo. Le perdonais? señor?

—Cuán buena eres, amor mio!

—Con que...

—Nunca!

—Oh!

—Nunca, Leonor; la cabeza del gran maestre de Alcántara rodará por el polvo! Las faltas cometidas por Don Gonzalo solo se pagan con la vida! No sabeis que ha hecho armas contra su rey?

—Contra vos!

—Sí, la noche que saliendo de vuestra casa por primera vez,

aquella noche divina en que os declaré mi amor, tanto tiempo oculto en mi corazon; pues aquella noche recordareis que fui acometido por unos asesinos...

—Sí, sí; recuerdo perfectamente!... y era...

—Era Don Gonzalo Martinez, que sino es por este valiente joven, hubiera asesinado al rey de Castilla!

—Infame!

—Con que ya veis, señora, si se ha hecho acreedor al castigo que le preparo: además, que le dije á la reina delante de vos que la persona que tomase á su cargo lo que ella cree reparacion de sus ofensas, moriria en un cadalso. Pues bien; otro motivo mas teneis ahí; mi palabra es sagrada.... Alonso XI no será débil nunca!

Doña Leonor inclinó un momento la cabeza, y mirando despues á Felipe con interés y como queriendo dejar consignadas sus palabras, dijo:

—Haced lo que gustéis, señor: yo he hecho cuanto he podido por salvarlo! Que sepa toda la grandeza, que sepa Castilla y el mundo entero que yo he perdonado al hombre que me ha ultrajado, al hombre digno de morir en un cadalso por sus maldades! Señor, sois rey, teneis ese derecho divino que Dios ha concedido solo á los reyes, de perdonar al delincuente, aunque sea en el momento mismo de subir las gradas del patíbulo: el maestre de Alcántara me ha ofendido, yo le perdono... os ha ofendido á vos tambien... haced lo que gustéis!...

—Leonor, tus palabras despiertan en mi corazon una pasion que desconocia completamente: el maestre de Alcántara, será amado ocaos...

La de Guzman miró al rey sorprendida; y dijo interrumpiéndole:

—No sigais, no sigais! os he comprendido y ojalá no fuera

asi! en esas palabras veo un triste y doloroso desengaño!....

—Leonor, qué dices!... oh, tus palabras....

—Basta, señor, basta! Lo habeis dicho, y cuando vuestros labios han proferido semejantes palabras prueba bien clara es de que ya no me amais! Oh, cuando yo mas os amo... cuando cobijo en mi seno el fruto de nuestra pasion!...

—Ah! con que es verdad... un hijo! oh, cien vidas diera por tí... yo no amarte! deliras, Leonor...

—No, no deliro; vos no me amais, porque si tal sucediera no hubiérais interpretado mis palabras de la manera que lo habeis hecho; no hubiérais dudado de mí, señor!

—Ah, desecha, desecha esos pensamientos y ocupémonos de la felicidad de nuestro hijo querido!

—Nuestro hijo! Ah, qué porvenir tendrá...

—El mas brillante, Leonor; su padre sabrá colmarlo de títulos y bienes, sabrá darle el primer lugar en su corte, y una corona real si no le basta todo eso!

—A un bastardo!

—Bastardo!... es mi hijo y nadie se opondrá á lo que por él haga su padre!

—Escuchadme, señor: mañana habremos dejado de existir los dos, y ocupará vuestro s6lio el hijo que Doña María dar4 muy pronto á luz! Qué será entonces del mio?

—Será amado, porque el rey de Castilla no podrá menos de querer á su hermano!

—No, y si no mirad mil ejemplos: los infantes de la Cerda no son bastardos y sin embargo...

—Oh, callad! á qué ocuparnos ahora de cosas que están por ver? Hablemos solo de nuestra dicha, y perdonadme si he podido ofenderos!... es verdad, yo he interpretado mal vuestras palabras... el objeto que os llevais...

—Mi objeto, señor, al hablar así es que no se cometa una muerte por mi causa! Y ya que el vulgo se entretiene en deshonrarme porque os amo, ya que dicen he rohado á la reina las caricias y el amor de su esposo, no digan tambien que dispongo á mi antojo de las cabezas de vuestros cortesanos!

—Bien, amor mio, le perdono por tí; porque tú me lo has pedido y yo no puedo negar nada á la muger que tanto amo! Vivirá el maestre de Alcántara, Leonor, vivirá; voy á decirselo yo mismo ahora, y á decirle tambien que á tí te debe tamaño favor!

El monarca salió de su habitacion seguido de Felipe. Ambos llegaron en un momento á donde estaba Nuño Fajardo.

—Qué hay? preguntó Felipe con interés.

—Nada de particular: solo de vez en cuando se le oye jurar y blasfemar como un condenado: el ánima de ese pobre debe pertenecer al demonio hace ya tiempo.

El rey se sonrió al oír las palabras de Nuño y le dijo despues con amabilidad:

—Teneis las llaves de esa puerta, amigo?

—Guardadas en lo mas escondido de mis vestidos: contestó el ex-teniente haciéndolas sonar.

Y Nuño despues de sacarlas de un bolsillo de la ropilla que llevaba debajo de la armadura, las metió en las cerraduras y candados de que eran cada una. La maciza puerta que guardaba al Maestre de los caballeros de Alcántara, se abrió de par en par. Un hombre sentado en una banqueta de baqueta, con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos fuertemente atadas, se presentó al rey. Don Gonzalo Martinez levantó la cabeza y miró primero á Don Alonso y despues á Felipe. La mirada que dirigió á este último hubiera arredrado á otro hombre que no fuera el amante de Elvira de Luna. El rostro del Maestre

estaba feróz, horroroso: sus megillas encendidas como la grana, sus ojos inyectados de sangre, sus labios cárdenos y contraidos, denotaban claramente la situacion de su ánimo. D. Gonzalo se hallaba en una de esas situaciones en que no se sabe el ánimo ni lo que tiene ni lo que desea. Todo él se encontraba dominado por una rabia espantosa que le habia quitado el conocimiento: su deseo era vengarse; pero vengarse horriblemente de las personas que lo habian reducido á la desesperada y vergonzosa situacion en que se hallaba. Doña Leonor, Felipe y aun el mismo rey de Castilla, pasaban por su mente como espectros, como víctimas sacrificadas por él. El infeliz no se acordaba que era impotente, que estaba preso, y en un calabozo no se pueden confeccionar las venganzas que proyectaba con ferroz alegría.

Don Alonso, acompañado de Felipe y Nuño Fajardo, se acercó al Maestre y lo contempló un momento con indignacion. Don Gonzalo permaneció con la cabeza inclinada. Felipe se acercó á él y le dijo tocándole en el hombro:

—Caballero... ved que estais á presencia del rey de Castilla.

El Maestre alzó la cabeza y volvió á mirar á Felipe con la misma ferocidad que antes. Se dirigió despues al monarca y repuso sin poder ocultar el fastidio que semejante visita le proporcionaba:

—El rey... y qué quiere el rey de Castilla?

—Pediros cuenta de vuestra conducta, caballero: contestó Don Alonso con magestad. Pediros cuenta de vuestra conducta y.....

—No reconozco semejante derecho en un hombre como yo: dijo el Maestre con indiferencia y resuelto á no callar ni al mismo rey.

—Miserable! exclamó el monarca indignado y dando un paso

hacia él.

Don Gonzalo se puso de piés con prontitud y esclamó echando fuego por sus ojos de hiena:

—Venís á asesinar-me, rey de Castilla? venís á asesinar-me vil y traidoramente?

—Oh! vos sí que sois asesino, traidor è indigno de llevar el hábito que vestís! Sabeis, miserable, lo que habeis conseguido con vuestras audaces palabras? sabeis lo que os espera, infeliz?

—De vos todo lo espero: contestó el frenético y desesperado Maestre con la mayor sangre fria.

—Otra persona que tuviera lo que vos no teneis, hubiera implorado á su rey..... otra persona con honor, le hubiese dicho: *Señor, os he faltado, he tratado hasta de asesinaros; pero solicito vuestro perdon.*

—Nunca!

—Bien está; sois hasta vano, para que nada os falte.... Bien está, maestre de Alcántara, vuestra cabeza rodará por el polvo inmundo del cadalso!

El Maestre se sonrió con desden. Alonso XI repuso en extremo encolerizado:

—Os reis, miserable? oh, todo podia yo esperarlo de una persona que ha perdido el pudor y la vergüenza! Me abochor-no hasta de que hayais pertenecido á una orden benemérita y preclará! Un hombre de honor se hubiera muerto de vergüenza al oir que iba á espirar en un cadalso y de la manera mas deshonrosa y criminal! Sereis ejecutado á presencia del pueblo, y despues que vuestra cabeza haya servido de mofa y de burla á la multitud, se quemarán vuestros restos. La Iglesia hasta os rechaza.

Don Gonzalo miró al rey con ojos de fiera, y despues volvió á sonreirse con mas cinismo, mas descaro que la vez primera.

—Oh, sois un mónstruo odioso y detestable, mestre de Alcántara! dijo el rey volviéndole la espalda con desden y echando á andar.

Pero Don Gonzalo que mientras pasaba lo que dejamos referido, hacia todos los esfuerzos imaginables, aunque con el mayor disimulo, por librarse de las ligaduras, consiguió romperlas al cabo, y precipitándose sobre Don Alonso, le dijo, cojiéndole con mano fuerte y vigorosa:

—Aquí, Rey de Castilla, aquí asesino de la humanidad! me habeis insultado y os voy á atravesar el corazon!

El monarca no opuso la menor resistencia. D. Gonzalo, hombre alto y de fuerzas casi fabulosas, lo habia agarrado por un brazo con la misma seguridad conque coge el milano á la tímida paloma. Pero en el momento en que el Maestre sacó del cinto un puñal que llevaba escondido, y cuando lo alzaba en el aire para sepultarlo en el corazon del rey se precipitaron sobre él Nuño y Felipe, esclamando horrorizados:

—Qué haceis desgraciado!

Nuño Fajardo se tiró al cuello del Maestre el que apretó con su mano de hierro cayendo Don Gonzalo de espaldas, abriendo las manos, y soltando á su víctima. El valiente ex-teniente le puso despues un pié en la garganta.

—Aquí lo teneis, rey de Castilla, lo mato?

El monarca no respondió una palabra, llamó á unos cuantos soldados, y así que estos llegaron les dijo con la mayor tranquilidad:

—Llevaos á ese infeliz al calabozo mas lóbrego y seguro del alcázar, mañana á esta hora habrá dejado de existir!

Los soldados se apoderaron del medio cádaver Maestre, y desaparecieron con él para poner por obra al instante el mandato del hijo de Fernando IV.

Don Alonso se acercó á Felipe y le dijo:


— Ya lo habeis presenciado: el miserable me hubiera asesinado sino es por vos y vuestro amigo! Su muerte estaba escrita!





CAPÍTULO XXVI.

De como se cuenta una cosa que se indicó al principio de esta obra y no se refiere hasta ahora porque así convino al primer narrador de estos sucesos; y en el que se vé que el Maestre oyó una voz en su calabozo, que desconoció al principio y supo despues con asombro que era de una persona á quien no esperaba.

LONSO XI, dispuso al momento con el gran justicia de sus reinos, la ejecucion de Don Gonzalo Martinez. Y cuando todo quedó arreglado, despues de leérsele al reo la sentencia de muerte, y de decirsele que se dispusiera para morir al dia siguiente á la misma hora en que alzó el puñal para herir al rey, se dirigió este á la estancia que en Palacio se le habia destinado para siempre á su favorita Doña Leonor de Guzman.

La amante de Alonso XI, supo al instante todo lo ocurrido con el rey y el Maestre. La de Guzman pronunció las mismas

palabras que el rey:—«*Estaba escrita su muerte.*»—Infeliz, dijo despues con lástima; esta es cierta ahora! Sin embargo si yo puedo salvarlo...

El rey entró á tiempo de decir su amante las anteriores palabras. Doña Leonor le dijo al verlo:

—Ah, señor; conque mañana se ejecuta al maestro de Alcántara?

—Mañana, señora: le dijo el rey, dispuesto á contestar sobre el particular con toda la seriedad que le fuera posible.

—Y no queda alguna esperanza?

—Ninguna, señora, ninguna absolutamente!... Don Gonzalo morirá mañana! El rey de Castilla estaria inoportuno si lo perdonara.

—Y aunque vuestra amante...

—Por Dios, Leonor amada, no os molesteis; porque me veré en la precision de deciros que no... Si yo le perdonara despues del horrible atentado que cometió contra mi persona, si por un momento fuera generoso con ese hombre infame y villano, vuestro amante, señora, se desprestijaria para siempre... el rey de Castilla seria dominado por esa cáfila de lobos hambrientos que el valgo llama grandeza, y yo miserables, porque se rien cuando yo lo hago, hablan cuando yo quiero, y al mismo tiempo me muerden á escondidas!... Todo esto vá á cesar, señora! mi padre fué desgraciado, porque era generoso y porque creia que sus cortesanos estaban libres del rigor de la justicia si alguna vez se desmandaban! Hasta la muerte de mi querido padre y mi mayor edad ha sido la monarquía una mentira en Castilla, solo ha servido para que los orgullosos magnates que siempre le han rodeado, cometieran á su sombra las mayores infamias é injusticias. Los reyes servian de juguetes á media docena de atrevidos que de todo se apoderaban, solo porque

llevaban lo que ellos llaman nobles apellidos y pertenecian á inclitas casas en otro tiempo, ya rebajadas y envilecidas por ellos mismos!... Todo va á cesar, repito; yo daré al trono que he heredado de mis mayores, y que ocupo por la voluntad del cielo, todo el brillo, toda la dignidad que debe tener!... Ay del que ose empañarlo!... desgraciado de aquel que inmundo y vilipendiado trate de cobijarse con el manto de púrpura que lo cubre! Y si alguna vez hay un rey que falte y ultraje á lo que yo dejaré ileso, caiga sobre su cabeza la maldicion del cielo, y el ódio de sus vasallos! Desde mañana, Leonor mia, verá mi pueblo, que yace abatido y miserable, que su rey se ocupa en su felicidad, y en que su nombre, limpio y preclaro como un dia de primavera, se oiga nombrar en todos los ámbitos de la tierra para ser querido y respetado á un tiempo! Yo le haré ver por último, que el grande y el pequeño que se deslice, el noble y el plebeyo que falte alguna vez á su deber, será castigado en proporcion del delito que cometa. El indigno Maestre de Alcántara trató de asesinar me una noche no sé por qué... faltó á una orden que yo dí á la reina delante de vos... sublevó un pueblo entero para que se negase á recibirme, sufriendo yo semejante bochorno, y no oponiéndome á él porque creí que era espontáneo, que era la voz de un pueblo oprimido, que cansado de su horrible situacion, arrostraba el todo por el todo para salir de ella... y por último, quiso asesinar me vil y traidoramente! El Maestre de Alcántara, Leonor, es un mónstruo espantoso, que merece el castigo ya decretado! Su sentencia de muerte se ha hecho ya patrimonio del pueblo, y esta determinacion sola, ha sido bastante para que conozca que para Alonso XI, todos son iguales ante la ley! Además, Don Gonzalo, vil instrumento de la reina, osó ofenderos, os arrebató de vuestro lecho, sabéis para qué? pues para decir á Doña Maria estais vengada, señora;

pero yo quiero el premio de mis servicios!... Semejante pensamiento es solo tambien un horrendo desacato contra mi persona!...

—Engañado estais sobre ese particular, señor.

—Engañado!... Delirais?...

—No, escuchadme: Don Gonzalo Martínez no ha sido un vil instrumento de la reina; Don Gonzalo no me arrancó de mi casa para servir á Doña María; nada de eso: la misma reina ha estado en un error!

—No comprendo...

—Dejadme concluir; si Don Gonzalo ha hecho cuanto sabeis, ño ha sido por vengar á la reina, de quien se vende amigo por tener alguna disculpa; ha sido por satisfacer sus deseos, y por vengarse de mí...

—Luego...

—Sí, me conocia, y os suplico me perdoneis si antes no os he referido cuanto con él he sufrido.

—Hablad! dijo el monarca lleno de curiosidad.

—El maestro de Alcántara, repuso la de Guzman mirando al rey; me conoce desde que yo vivia con mi difunto esposo. Una pasion feroz concibió en el primer momento de conocerme. Sin embargo, disimuló porque era íntimo amigo de este; pero cuando murió, cuando me vió sola y libre de los lazos que me unian antes, me declaró su amor en los términos mas horribles. Yo deseché á un hombre que siempre me fué antipático, y condenado por su posicion al celibatismo. Huí de él cuando ya me perseguia como un loco, fuíme al lado de mi tio Guzman, y le dije más de veinte veces que lo odiaba, y que nunca accedería á ninguna de sus peticiones. Con efecto, yo lo odiaba, lo aborrecia de muerte; era un hombre, señor, que me hacia odiar hasta el amor, segun me lo pintaba. Más adelante supe que él

fué quien mató á mi esposo, porque creia que el único inconveniente que habia para el logro de sus deseos era la presencia de Velasco. El infame lo hizo desaparecer para siempre, y me dijo el mismo dia que me lo trajeron muerto, que ya podiamos ser felices.

—Pasado todo lo que os he referido antes de la muerte de mi esposo, me persiguió con incansable afan, y por último, viendo que yo no accedia, juró vengarse de mí cruelmente, y poseerme á toda costa. Un horrible proyecto puso por obra en seguida.

Doña Leonor calló porque las lágrimas le ahogaron la voz.

—Sigue, sigue, amor mio!... repuso el monarca con creciente interés.

La de Guzman se pasó por los ojos llenos de lágrimas un finísimo paño de blanquísima holanda, y continuó no sin lanzar antes un suspiro, dedicado á los tristísimos tiempos á que se referia:

—Yo tenia en mi servicio una buena y leal muger que me habia criado, y que todavia vive...

—Su nombre...

—Munima.

—Perdonad, ya no vive; Munima fué encontrada con el pecho atravesado con un puñal la noche de vuestra desaparicion.

—Infeliz! y no ha habido esperanza de salvarla?

—Se encontró muerta. Seguid, seguid vuestra narracion.

—De esa desgraciada se valió el Maestre para lograr sus intentos. Munima fué ganada segun él habia creido, por una porcion de dinero; ese poderoso aliciente que todo lo corrompe y por el que se consigue cuanto se desea. Munima, sin embargo, no fué ganada por el oro de Don Gonzalo. La infeliz vino á mí un dia toda trémula y llorosa, y me hizo la siguiente declara-

cion: Me dijo que el Maestre le habia entregado gruesas cantidades de dinero y le ofreció un porvenir brillante si me echaba en la comida unos polvos blancos que habia comprado al más famoso nigromántico, y si le permitia entrar en mi habitacion la noche siguiente al dia en que yo tomase el horrible narcótico. Yo le agradecí á Munima como era natural, su lealtad, y tomando los polvos pensé en un momento el partido que debia tomar. Le dije á mi aya que le dijera al Maestre que todo lo habia hecho segun sus instrucciones, y que le dejara penetrar en mi dormitorio. Munima me obedeció, y así que llegó la noche y la hora en que él habia de ir, yo me recosté en mi lecho, fingiendo que dormia, y mientras una lámpara ardia en la habitacion próxima á donde yo estaba, en mi dormitorio, todo se hallaba en la más completa oscuridad. La hora se acercó al cabo; ruidos de pasos se oyeron en la estancia alumbrada. Yo entonces comencé á temblar espantosamente, presa de un miedo horrible; las fuerzas me faltaron, y cuando decidida á pedir socorro, alcé la cabeza un poco, le ví penetrar en mi dormitorio. Entonces me acurruqué, y esperé á que el cielo decidiera de mi suerte. Os diré mi ánimo. Yo habia escondido en mis vestidos un puñal, con el que le amenazaria para que huyera de mi vista. Despues le diria que iba á dar parte del crimen que queria cometer, y horrorizado por el temor de que se iba á hacer pública su infamia, renunciaria para siempre á sus proyectos. Veréis lo que sucedió. El Maestre entró en la estancia donde yo estaba y puso una de sus manos sobre mí... toda yo sentí un estremecimiento involuntario que debió venderme; pero Don Gonzalo nada advirtió. Al contrario, una sonrisa maligna y feroz, acompañada de otros síntomas, creí distinguir en sus horrendos lábios. Mis fuerzas se iban enervando, y yo estaba temiendo el instante en que agotadas estas no pudiese dar un

grito siquiera. Sin embargo, hice un esfuerzo supremo, y al notar que su aliento inmundo se juntaba con el mío, lancé un grito y me puse de un salto en el suelo.—Infame! acercaos á mí, y probareis el filo de este puñal! le dije con ademán amenazador.

—Y él qué hizo? dijo el rey en extremo interesado.

—El Maestre se quedó tan aturdido, que por dos ó tres veces se tocó el pecho y la cabeza, como dudando que estaba despierto. Despues se repuso y me dijo, echándome una terrible mirada.

—Me han vendido!... pero no desisto!

—Ah, desistireis, le dije yo; porque voy á hacer pública vuestra infamia y villanía, porque me quejaré á la justicia y vos sereis tal vez castigado, sepultándoos para siempre en un calabozo!... Y si no consigo que la justicia de la tierra me libre de vuestra odiosa presencia, yo huiré á parte donde no me encontrareis...

—Os engañais, me dijo; á todas partes os he de seguir y ni la justicia, ni el pueblo entero, os creerá... hablad, decid cuanto gustéis y conseguireis...

—Que el pueblo y el mundo entero os aborrezca! le dije yo indignada.

—Conseguireis... nada, señora!

—Miserable!

—Adios, Doña Leonor, dijo poniéndose de un salto en la puerta, adios y vivid en la inteligencia de que sereis mia tarde ó temprano!

—Y el infame desapareció de mí vista en un instante.

—Cielos! y vos qué hicisteis?

—Tirar el puñal lejos de mí y comenzar á llorar con el mayor desconsuelo.

—Y despues?

—Despues vereis lo que sucedió. Temerosa de que el infame volviese á conseguir sus deseos, tal vez por medios que yo no pudiese evitar, me decidí á dejar mi pátria y refugiarme en tierras distantes donde él ignorase siempre mi paradero. Búrgos me pareció el mas apropósito, tanto por la inmensa distancia que está de Sevilla, quanto en la córte, donde siempre hay mas gente que en ninguna otra ciudad, podia vivir descuidada. Así lo creí un poco de tiempo; pero un dia despues que tu alteza salisté de mi casa, sentí ruido de pasos y se me presentó el Maestre furioso, encolerizado, porque habia oído á escondidas toda nuestra conversacion. A pesar de que yo lo miré con desprecio y le hice salir de un modo imperativo, un miedo espantoso se apoderó de mí!

Aquí Doña Leonor contó á su amante quanto el lector sabe del Maestre. Alonso XI la escuchaba con la mayor atencion. Su rostro ora se ponia descolorido, ora indignado; pero siempre atento; sus manos se retorcieron dos ó tres veces, y mientras Leonor le contaba las mayores maldades de su perseguidor, él decia con voz sorda: *perdonadle! nunca!...*

La de Guzman concluyó su relato y dijo despues al rey:

—Hé ahí el motivo que ha hecho cometer á Don Gonzalo lo que vos creiais era por vengar á la reina! El Maestre me dijo que habia de ser suya á toda costa, y sino acude pronto vuestro auxilio, si se retarda un dia más vuestro amigo, ese jóven valiente y esforzado, á quien debo mi salvacion, indudablemente hubiera conseguido el malvado sus deseos!

—Infame!... pero decidme... si vos me hubiérais contado todo esto antes, si yo hubiera sabido que Don Gonzalo era vuestro enemigo, de seguro no sucede quanto ha pasado.

—Oh, yo temia confiaros semejante secreto; porque D. Gon-

zalo seria castigado al instante, y esa sola idea me horrorizaba... le perdonaba hoy, con la esperanza de que mañana desistiría de su propósito!... nunca se corregía y sin embargo yo siempre lo perdonaba! Aun ahora mismo si tu alteza...

—Jamás!

—Señor...

—No os canseis, Leonor... el Maestre morirá mañana mismo!

—Mirad, yo lo ódio, lo aborrezco de muerte, porque solo él ha sido la causa de todas mis desgracias, señor, de todas! por él perdí un esposo con quien era feliz, por él he vivido lejos de mi patria, toda llena de sobresaltos y temores, y sino hubiera sido por huir de sus persecuciones, no estaria en Burgos, donde una pasion que tal vez allí no hubiese tenido...

—Te pesa?

—No, ya no; porque muy pronto sereis el padre de mi hijo!

—Oh, qué placer!... pero mira, estás en un error; lo mismo en Burgos que en Sevilla, me hubieras amado...

—Allí no os conocia...

—Oh, pero te conocí yo..... y allí te amé la primera vez..... además que nuestro amor estaba escrito en tu destino y en el mio!

—Si viérais, señor, cuanto sufro, cuando pienso detenidamente...

—Sufres?

—Sí: porque crueles presentimientos me anuncian desgracias que yo no he de poder soportar! Vuestra esposa me aborrece de muerte, y con justo motivo, señor! Al mismo tiempo os teme...

—Luego entonces...

—Os teme, para de pronto deshacerse de mí..... pero en el momento en que tenga oportunidad... y creedlo, señor, que si

temo no es por mí... es por mi hijo! La muerte del maestre de Alcántara servirá de pretesto...

—Tales temores, Leonor mia, son infundados, y caso de que no fuera así, caso de que la reina tenga semejante pensamiento... Perded cuidado, inocente criatura... desechad, por Dios, todo temor, que os tiene el rey de Castilla colocada demasiado alta, para que nadie, nadie absolutamente, lo ois? se atreva, no digo á tocaros, pero ni á ofenderos de palabra siquiera. Temeis por nuestro hijo y temeis injustamente... porque, quien osará?... Tranquilizaos, hermosa mia, tranquilizaos, respecto al porvenir de nuestro hijo, porque no será nunca desgraciado!... casi estoy por asegurarlo...

Pero dejemos á los dos amantes, preocupada la primera con las ideas ya conocidas del lector, y al segundo tratando de tranquilizarla por todos los medios posibles y digamos algo acerca de la reina Doña María, que hace tiempo debia ocupar nuestra atencion.

Contentísima estaba en extremo la astuta portuguesa antes de ver á Felipe y á Nuño, cargado el primero con su odiosa rival, y el segundo con el pobre Maestre, que á su entender todo lo que hacia era por ella; y decimos que estaba contentísima, porque se creia libre para siempre de la mujer á quien su marido amaba; y por quien ella habia sido tantas veces insultada y despreciada. Doña María no cabia en sí de contenta, no porque amase al rey, y creyera que viéndose sin su amante, recurriria á su esposa y trataria, sino de amarla, al menos de vivir con ella en buena armonia, nada de eso; Doña Maria era orgullosa en demasía, era altanera y déspota, y para semejante carácter la escena que medió entre ella el rey y su amante, fué una herida que recibió, herida incurable y no satisfecha nunca! La hija del rey de Portugal por otro lado no conocia á su jóven

esposo; supo los amores de este y creyó apartarlo pronto porque efectivamente era astuta. Doña Maria creyó un momento que dominaría á Alonso XI; pero cuando vió que era difícil conseguirlo, cuando vió que con nada de cuanto hizo consiguió hacerle variar de propósito, entonces se apoderó de ella la rabia más espantosa, y en vez de vengarse de su esposo, juró perder á la mujer que lo amaba tanto y que casi se puede llamar inocente. Ya hemos visto los medios de que se valió Doña Maria para conseguir sus deseos, y cuando más contenta estaba saboreando su triunfo, cuando veía al rey triste y taciturno, suspirar por el objeto amado de su corazón, vió en la plaza de Burgos, cual aparición fantástica, la cabalgata que conducía á su amigo y á su rival.

Doña Maria, según dijimos, lanzó una exclamación impregnada de todo el veneno que contra la de Guzman abrigaba en su corazón, y enseguida bajóse de la ventana precipitadamente y dijo con indecible furor, dejándose caer en un sillón.

—Maldición: el rey la ha encontrado!... está escrito que esa mujer ha de morir á mis manos!.... no te goces en tu triunfo, rey de Castilla! júrote por quien soy que perderás para siempre á tu amante!.... Oh, sí, para siempre, para siempre!.... ahora mismo si quisiera.... pero no, aguardemos.... en mis entrañas tengo un hijo que si vive será rey de Castilla... yo le enseñaré á odiarte y á odiar á esa mujer! y puede que algún día...

La más espantosa sonrisa asomó á los labios de la extranjera. Había concebido una idea cruel, horrorosa. De repente exclamó inmutándose:

—Oh, y el Maestre!... como venia, cielos, si tendrá Alonso XI la crueldad... pero no, no se atreverá... Don Gonzalo es muy poderoso; tiene muchos partidarios y sobre todo es Maestre de una de las órdenes militares... El rey temerá las consecuencias

y se mirará mucho en ello!

Esto decia Doña María, no conociendo todavia á su esposo, y mientras este ordenaba lo contrario. Así es qué, cuando supo la extranjería que habia sido sentenciado á muerte, el que creia su mejor amigo, no pudo contenerse y dió rienda suelta á su coraje con las mas terribles palabras. En su furor pensó primero asesinar al rey... pero conociendo cuán temerario seria dar semejante paso, hizo recaer toda su indignacion en la mujer que constantemente pedia al rey el perdon de Don Gonzalo. La reina pensó tambien salvarlo, y para el efecto intentó ganar con oro, ruegos y mandatos, á los centinelas, que firmes en su deber no dieron oido á sus palabras. Una idea diabólica se le ocurrió entonces. Doña María se sonrió de alegría. Acto continuo llamó á una de sus damas con quien tenia mas confianza por haberla traído de su país, y le dijo cerrando la puerta de su habitacion para no ser sorprendida.

—Inés, necesito tu auxilio para salvar la vida á un hombre.

—Contad con él, mi querida señora: contestó la jóven inclinándose con el mayor respeto.

—Sabes si hay en el alcázar alguna habitacion que caiga encima de la prision de...

La reina calló porque observó que la jóven se sonreia. Una idea repentina, pero que sin embargo le hirió su orgullo, cruzó por su mente. Se habria figurado Inés que su ama amaba al Maestre? Tal fué el pensamiento que le hizo callar. Doña María pensó un momento y conoció que debió antes de prevenir á la jóven. Y aunque ya era tarde, repuso midiendo las palabras que vertia.

—Ya te he contado, mi fiel Inés, cuanto me ha sucedido con su alteza: ya sabes que nos odiamos de muerte uno y otro, y que la causa de todo es esa mujer aborrecible...

—Continuad.

—Pues bien, en medio de mis dolores, en medio de lo que he sufrido, como consecuencia de cuanto sabes, encontré un caballero de la corte de mi esposo, que viéndome triste, afligida, y lo que es peor, insultada y despreciada, se ofreció á vengarme y librarne de la mujer causa de todo. Si el Maestre de Alcántara tomó á su cargo tan expuesta y difícil demanda, fué solo porque es caballero y no puede soportar que se ofenda á una señora, y mucho más á una reina! Mi generoso libertador se propuso á toda costa vengarme, y para el efecto fué bastante arrojado y valiente para arrebatár á Alonso XI su querida y sepultarla en uno de sus fuertes y seguros castillos, donde jamás sería hallada. Mi venganza, ó mejor dicho la reparación de las ofensas que se me hicieron sin piedad, quedó reducida á esto solo... y yo muy contenta, porque mi único deseo era hacerle ver á la pública favorita de Alonso XI, que á una reina no se la ultraja impunemente. Demasiado conocería esa mujer que todo era obra mia, y estoy segura que mas de cuatro veces habrá maldecido en la prision hasta la hora en que conoció al rey. Pero cuando ya me creia yo libre para siempre de la amante de mi marido, me la veo en palacio, cerca de mí, y ocupando el mejor y mas elegante departamento.

—Cómo!...

—Sí, hija mia, Alonso XI tiene servidores que á mi modo de ver tienen pacto con el diablo, y estos le han traído á su querida... y lo que es mas, al Maestre!

—De modo...

—De modo Inés, que Doña Leonor es hoy mas querida que nunca; y mientras que ella disfruta en el alcázar mas... que que yo... Inés! mucho mas... mientras recibe las caricias de su amante, mi generoso amigo gime en un hondo calabozo...

—Cómo!... acaso el Maestro?...

—Sí, el Maestro de Alcántara es el primer caballero que muere por causa de esa favorita!... Mañana, despues que el sol haya salido, caerá su cabeza como la de un criminal, como la de un facineroso!

—Oh, qué horror!... Y pensais?...

—Pienso salvarlo, Inés; pienso pagarle la deuda que conmigo tiene pendiente! Ya que por mí se encuentra en tan triste y deplorable situacion, no te parece muy justo y natural que yo haga lo posible por salvarlo?

—Ah, es muy justo, señora! y si yo en algo os puedo servir; contad conmigo. Disponed de mis escasas fuerzas.

—Si, hija mia; te necesito y espero de tu discrecion...

—Nada temais; pero vais á pedirle al rey el perdon de...

—Nada de eso! nunca!..... entonces todo se habria perdido! El rey... creeria que yo.... nunca! nunca! Entre las dos hemos de hacerlo todo.

—Y qué son dos pobres mujeres para tan arriesgada empresa? dijo la jóven con candidez.

Doña Maria la miró con compasion y le dijo con el mas afable tono:

—Escúchame: tú aquí no harás más que obedecer mis órdenes y guardar el más profundo silencio. Si tienes la desgracia de franquearte aunque sea con alguna de tus compañeras..... pero no, yo espero de tu discrecion y fidelidad que no cometerás ninguna imprudencia; no es eso?

—Oh, descuidad.

—Pues bien; en ese caso voy á decirte lo que necesito saber ahora. Hay alguna habitacion en el alcázar que caiga precisamente sobre la prision donde yace el infeliz Maestro de Alcántara?

—Donde está? preguntó Inés reflexionando un momento.

—Al pié del Torreón que mira á Poniente.

—Oh, sí, el antiguo escudero del difunto rey Don Fernando, padre de vuestro esposo, nos ha dicho muchas cosas sobre ese calabozo, donde estuvo encerrada bastante tiempo por entonces una preciosa jóven, que un conde habia sepultado allí para casarse con ella á la fuerza, vivió un nigromántico que habia vendido su alma al demonio y que era médico del citado rey Don Fernando. Dice que desde que murió nadie ha entrado en su cuarto, porque todas las noches se ven luces y fantasmas en él.

—Tontería!... nosotras hemos de ir esta noche al cuarto de ese nigromántico... nada temais... al contrario, alegraos como yo, porque quizás encontremos alguna bajada al calabozo de Don Gonzalo.

—Señora, delira tu alteza! Al calabozo donde el nigromántico hablaba con el demonio todos los dias?

—Sí.

—Oh!

—Teneis miedo? entonces para nada me servís! retiraos...

—Pero, señora...

—No os dá vergüenza creer en esas patrañas propias para asustar á niños?

—Patrañas!

—Sí, patrañas: el mismo rey me lo ha dicho. Esas palabras que habeis oido al antiguo escudero de Don Fernando el IV, son inventadas para que nadie se acerque á las prisiones. Todos los soldados y aun la mayor parte de los caballeros que hay en el alcázar no pasarian por cuanto oro hay en el mundo, no digo por la misma habitacion del nigromántico, pero ni á cien leguas. De ese modo ha conseguido Alonso XI que los prisioneros que encierra en todos aquellos calabozos y subterrá-

neos, se hallen con la mayor seguridad y casi sin centinelas. Todo cristiano huye del lugar donde cree está el diablo con toda su corte. Con que no temais, y á la noche, cuando la luna esté en la mitad de su carrera vendreis aquí provista de un farol, las llaves...

—Las llaves! y como se las pido al alcaide?

—Muy fácilmente, se las quitais de donde las tiene.

—No cõmprendo...

—Sois una torpe; escuchadme: vais ahora mismo á su cuarto y le decís de mi parte que yo necesito verlo... mientras tanto... se las quitais del manajo que tiene colgado detrás de la puerta...

—Y cómo conozco yo...

—Me estais desesperando con vuestra torpeza... Sabeis leer?

—Un poco.

—Todas las llaves están rotuladas... el manajo que corresponde á las habitaciones del judío de Fernando IV, tambien lo están.

—Cómo sabeis...

—Lo sé; no me preguntéis el cómo.

—Pero estais segura, señora?

—Segurísima. Con que marchad; sed prudente y no falteis.

La jóven se inclinó respetuosamente y salió de la estancia de la resuelta Doña Maria, llena de miedo y en extremo agitada. Cómo hacerse con las llaves del departamento del nigromántico? Esta cuestion trajo muy ocupada por largo rato á la fiel dama de la portuguesa. Por fin, se vió en la necesidad de reflexionar. Y cuando una mujer piensa y aguza el entendimiento que la naturaleza le ha concedido á todas, rara vez suelen frustrar sus planes. La candorosa dama de Doña María, se dirigió resuelta á la alcaldía del alcázar, á la sazón precisamente que

el empleado que ocupaba dicha plaza se entretenía con su anciana consorte en destrozarse una dorada pierna de cabrito ricamente asada, y en acompañar los trozos que tasajaba con sendos tragos de vino tinto de la mancha.

Era el alcaide del alcázar real de Búrgos un hombre de bien á toda prueba. Sus gruesos y colorados mofletes, que contrastaban notablemente con un abultado abdómen terminado en punta, sus ojos pequeños y vivos y su calva cabeza con unos cuantos mechones de pelo de dudoso color, no podían desmentir el concepto que á primera vista formaba cualquiera del carácter del bondadoso alcaide. Desde los tiempos de Don Sancho el Bravo, abuelo de Alonso XI, desempeñaba tan árdua y difícil comision como la de guardar una de las mejores fortalezas del rey de Castilla. Mentira parecía que un hombre tan bonachon y que hablaba mas que siete pudiese desempeñar su cometido por tanto tiempo, sin haber faltado nunca en lo más mínimo.

La dama de Doña María llegó á la alcaldía, y haciendo una cortés reverencia, dijo con tono entre risueño y sério:

—Dios guarde á los esposos mas dichosos entre todos los alcaides del mundo!

—Ah, señorita, vos por aquí! dijo el colorado y mofletado alcaide, llevándose á los labios relucientes de grasa, un blanco paño de hilo para limpiárselos:

—A qué debemos la alta honra...

—Ola! dijo la jóven sonriéndose: parece que se hace por la vida: y á lo que veo sois aficionado á los buenos bocados!..... Vamos, vamos que de ese modo bien se pueden tener vuestras envidiables carnes!

El alcaide se rió hasta que le faltaron las fuerzas y despues dijo á su mujer:

—No véis qué señorita esta, Marta? Pues no llama á mis car-

nes envidiables... cuando yo estoy tan desesperado con ellas?

La buena mujer que hasta entonces no habia comprendido la intencion de las palabras de Inés, tambien soltó el trapo á reir, para hacer el duo á su marido. Mientras tanto no desperdiciaba el tiempo la dama de la reina Doña Maria. Buscaba con la vista donde estaban las llaves, y vió con gran placer que todas se hallaban detrás de la puerta en pequeños manojos, de cuatro y cinco, con su correspondiente letrero encima, escrito medio en árabe. Inés que entendia aquella monserga, procuró leerlos todos, sin que entrase en sospecha el risueño matrimonio. Una dificultad se le ocurrió entonces. Aunque habia varios manojos de llaves todos colgados á una misma altura y todos formando simetría, necesariamente tenia que echarse de menos á la simple vista, el de la habitacion del nigromántico ya visto y releido por la fiel Inés. Era necesario, pensó la jóven, poner otro en su lugar. Una idea repentina la hizo sonreirse de alegría. En un bolsillo de su traje llevaba las llaves de sus habitaciones. Estas, dijo entre sí, se pondrán en lugar de las que necesita la reina, mi señora, para librar á ese pobre caballero, sentenciado á muerte por causa tan leve!

El alcaide y su mujer la anciana Marta, dejaron de sonreirse, diciendo el primero no sin darse antes una palmada en la frente, y de lanzar un voto muy usual entonces:

—Con la risa nos hemos olvidado de ofrecer de nuestra pobre comida á esta amable señorita. Quereis un trocito del asado... ó un trago de este buen vino?...

—Se agradece, señor Rodrigo; pero nada apetezco.

—Como gustéis... y probar este rico dulce de guinda que la señora Marta...

—Tampoco, gracias...

—Como gustéis: contestó de nuevo el alcaide, volviendo á

dar otro ataque á la enorme pata de carnero.

Inés los contempló un momento, y dijo despues con tono de envidia:

—Qué dichoso sois, señor Rodrigo.

—Dichoso, señorita? Yo...

—Oh, quien lo duda... Vivis magníficamente con vuestra esposa, que es una santa mujer, teneis poco que hacer, y sobre todo merecis la confianza de nuestro buen rey Alonso XI.

—En cuanto á lo primero y lo tercero estoy conforme, debiendo advertiros que no estraño poseer la confianza de Alonso XI, cuando tuve tambien la de su padre Don Fernando, y la de su abuelo Don Sancho IV, que Dios tenga á ambos en su santa Gloria! Pero tocante á lo segundo, señorita... no es verdad lo que decís... los presos me dan que hacer siempre... aunque no sea mas que quitarme el sueño... siéndome tan necesario...

Inés se mordió los labios para contener la risa que se agolpó á ellos, y procurando dar á su pregunta toda la naturalidad que pudo, dijo, asi como con indiferencia:

—Y teneis muchos presos, señor Rodrigo?

—No, ahora no hay muchos... pero tengo uno desde esta mañana temprano, que me tiene con mas cuidado que si hubiera veinte en el mismo calabozo! Afortunadamente ha puesto el rey cerca de él un valiente que no lo dejaria soltar por cuanto hay en el mundo...

—Un valiente! qué quereis decir?...

—Digo que hay un amigo del rey muy cerca del preso con el objeto de observar los menores movimientos de este... Además hay multitud de centinelas...

—Y decís que ese amigo del rey es valiente?

—Valiente como un Cid, y con más fuerzas que Sanson! Oh, difícil seria que se escapara el preso al señor Nuño...

—Nuño se llama?

—Sí, Nuño de nombre y Fajardo de apellido... según voces que han corrido, relevará á Felipe en el cargo que desempeña en la compañía de los ballesteros del rey.

—Sois un pozo de noticias, señor Rodrigo.

—Oh, no lo creais: se vienen ellas rodando.

—Y teneis además una magnífica memoria!

—Sois muy amable...

—Nada de eso: una magnífica memoria...

—Como gustéis; pero calla! qué gente es esa que se dirige á la prision de Don Gonzalo? repuso el alcaide poniéndose de pies para mirar mejor por la ventana que frente de él habia.

Inés y la esposa del gastrónomo alcaide se pusieron tambien de piés. La sorpresa se vió á poco pintada en sus rostros. La dama de Doña María palideció hasta el punto de parecer un cadáver.

—Qué gente es esa? dijo toda trémula y asustada.

—Voto vá! exclamó el alcaide sentándose; pues no nos hemos alarmado todos tontamente!

—Tontamente! dijo Inés con interés. Luego esos sayones y frailes no vienen por Don Gonzalo para conducirlo al cadalso?

—No, vienen á confesarlo... á preparar su alma... y si no, ved como no llevan tropas... Pero calla! el rey ha asomado por allí y se agrega á la comitiva!

—El rey! exclamaron á un tiempo Inés y la esposa del alcaide.

—Sí, miradlos... dijo el buen Rodrigo asomándose precipitadamente á la ventana.

Su esposa se puso cerca de él, y mientras que el alcaide se quitaba su gorro de tela encarnada para saludar á Alonso XI, y su esposa se sonreía de placer al ver el cariñoso saludo que les contestó el rey, la dama de Doña María sacó con el mayor

sigilo las llaves de su cuarto, y dirigiéndose de la misma manera al lugar donde se hallaban colgadas, como dijimos, las de todos los departamentos del Alcázar real, las puso en el clavo donde estaban las que necesitaba la reina para librar al Maestro. Inés se apresuró á esconderlas, y despues de despedirse del alcaide y de su muger la buena Marta, salió precipitadamente de la Alcaidía y se dirigió á las habitaciones de Doña María.

—Qué tenemos? le dijo la reina al verle entrar tan atropelladamente.

—Mucho y nada, señora: contestó la jóven casi jadeando.

—Por qué no ha venido el Alcaide, como os mandé?

—Porque no ha sido necesario.

—Qué, teneis las llaves?

—Sí, todas; gracias á una bendita casualidad.

—Oh, dádmelas! en mi poder están mucho mas seguras que en el vuestro!.. Pero por qué me dijísteis que habia mucho y nada?

—Porque os traia las llaves y al mismo tiempo...

—Acaba!

—Y mientras las cogia se dirijia el rey acompañado de una porcion de frailes y sayones á la prision de Don Gonzalo. Irán á anticipar la ejecucion, señora?.. entonces todo es inútil!..

—Perded cuidado. Todo lo que hacemos dará buen resultado, porque el Maestro no será decapitado hasta mañana. Esta es la órden dada por el rey, y Alonso XI jamás varia las órdenes que dá. Tal vez esa comitiva que habeis visto, fuera á prepararlo...

—Eso me dijo el Alcaide.

—Y decidme, os habeis hecho con las llaves sin que él sospeche...

—Nada temais, señora; porque si por acaso echaba de menos

el manojó, le he puesto en su lugar otro.

—Ah, valeis un mundo, Ines! semejante idea me ha parecido muy buena. Conque no falteis á la hora convenida.

—Descuidad, señora.

La comitiva que Ines vió desde el cuartó del Alcaide iba efectivamente á confesar y preparar á bien morir al infeliz D. Gonzalo. La hora en que habia de pagar de una vez todas sus maldades, se acercaba por momentos. La noche, esas terribles horas de oscuridad profunda y de silencio inalterable, donde el criminal se llena de remordimientos y cuando se aumentan los dolores del que padece, le sorprendió en el calabozo desde donde debia salir para el patíbulo. Entonces fué cuando al encontrarse solo, atado de piés y manos, en el inmenso subterráneo, que le servia de cárcel, alumbrado solo por la escasa luz de una lámpara casi apagada, entonces fué cuando sintió los remordimientos que toda persona por muy cruel que sea tiene en ese trance solemne é importante de la vida. Dos fantasmas, dos sombras, vaporosas, aéreas, creyó percibir D. Gonzalo. El marido de la mujer á quien tanto habia amado y ya aborrecia, y á la infiel Munima, creyó distinguir el Maestre en aquellas dos sombras que le miraban de una manera espantosa.

—Oh, alejaos, alejaos, horribles fantasmas!... huid, huid de mi vista... pero perdonadme antes!...

Esclamó queriendo estender hácia ella sus manos; deseo que no pudo conseguir porque las macizas argollas de hierro se negaban tenazmente á complacerle:

—Oh, huid!... y tened compasion de mí!

Volvió á decir con voz ténue y suplicante é inclinando la cabeza sobre su levantado y ardiente pecho, cuya respiracion era en extremo agitada.

Contigua á la habitacion donde suspiraba y gemia el Maestre

de los caballeros de Alcántara, habia otro calabozo asaz conocido, de nuestros lectores, por haber padecido en él todo lo que dejamos referido en la primera parte de esta obra, la infeliz amante de uno de los hermanos Carbajales. La estrecha y oscura escalera de caracol que conducia á las habitaciones ocupadas en otro tiempo por Aben-Ahllamar, se hallaba ostruida por una puerta de macizo hierro, cerrada con enormes candados y llaves de difícil construccion. Todo esto se hallaba por la parte interior del caracol: una salida que en otro tiempo habia tenido, fué mandada tapiar sólidamente por Alonso VI. Otra lámpara de luz tan débil y opaca como la que habia en el calabozo del Maestre, pendia de la arqueada bóveda. Esta habitacion servia para el centinela mas inmediato al Maestre. Nuño Fajardo se ofreció á desempeñar dicha plaza, para hacerse digno, como dijo á Felipe, del favor que el rey le iba á hacer. No habrá olvidado el lector que D. Alonso habia dicho que Nuño seria el capitán de sus tropas, despues que el amante de Elvira pasase á ocupar otros destinos de mas importancia y categoría.

La hora señalada por Doña María para librar al maestre de Alcántara, se acercaba por momentos. La esposa de Alonso XI la esperaba con vivos deseos desde que concibiera la idea de salvarlo. Doña María estaba segura y convencida que saldria con bien de su empresa. Las horas que mediaron desde las oraciones hasta que se presentó Inés, las pasó la portuguesa en formar planes y hacer comentarios.

—Salvemos ahora, dijo, al Maestre, á ese noble y generoso amigo que todo lo que sufre es por mi causa... y despues lugar tendré de vengarme... lugar tendré de hacer desaparecer para siempre á la amante de mi odioso esposó. Oh, me vengaré, si... no le durará mucho á Alonso XI la mujer á quien tanto ama, y por quien olvida y desprecia á su esposa... á la mujer que den-

tro de poco será la madre de su hijo!...

Doña María calló de pronto porque sintió ruido de pasos.

—Inés?... dijo con cuidado.

Los pasos se oían cada vez mas de cerca; pero nadie contestó. La reina temió por un momento.

—Ines! volvió á decir saliendo al encuentro de la persona que se acercaba.

—Ines soy, señora: contestó la jóven.

—Ah; me habeis asustado..... porqué no me habeis contestado?

—No os he oido hasta ahora.

—Traes la linterna?

—Todo.

—Pues en marcha!

Doña María se echó un capuchon que la cubrió de arriba abajo. Inés iba tambien de la misma manera. La reina y su dama atravesaron multitud de salones y galérias desiertas antes de llegar al torreón que habitó Aben-Alhamar. Talmente parecían dos fantasmas que vagaban silenciosas en la oscuridad. Al fin llegaron á la puerta que daba entrada á la estancia del nigromántico; aquella puerta que en otro tiempo se acercaron á ella tantas personas, deseosas de saber los misterios del porvenir.

—Hemos llegado, señora? dijo Inés sin poder ocultar el miedo que empezaba á apoderarse de ella.

—Sí, hemos llegado.... dadme las llaves.

—Por Dios, señora.... abrid con cuidado! Oh.... acordaos de que el ánima del nigromántico...

—Necia! silencio! exclamó la reina dando la última vuelta á la tambien última llave, que quedaba por abrir.

La puerta se abrió de par en par á impulso de un fuerte em-

puje que dió la mujer de Alonso XI.

—Jesus mil veces! exclamó la jóven, santiguándose multitud de veces.

Una enorme bocanada de aire detenido y condense salió por la puerta con la misma fuerza que lleva el agua de un torrente, cuando le quitan el dique que la contiene.

—Oh, es el alma del judío!..... dijo Inés apartándose á un lado.

—Dádme el farol, y retiraos si teneis miedo! repuse la reina, de mal humor.

—Señora...

—Dádme la luz!

Ines obedeció temblando. Doña María penetró en la estancia con paso firme y resuelto. Nada habia en ella mas que los mismos muebles que dejó el judio matador de Fernando IV, con una capa blanca y compacta de polvo. Hacia diez y ocho años que alma viviente no habia pisado aquellos sitios. La valerosa Doña María se sonrió con incredulidad y dijo á su dama:

—Entrad, inocente, entrad; y vereis como yo al alma del judío.

Ines entró un tanto animada.

—Os convenceis como todo era una mentira? Ahora registrad conmigo y ved si encontrais alguna puerta ó resorte... dijo Doña María buscando y rebuscando por todos lados. Sus manos blancas y finas como el armiño pasaban por las ennegrecidas paredes una y otra vez, con el objeto de encontrar algun boton ó resorte que le abriera paso al calabozo de Don Gonzalo. La diestra de Doña María encontró un obstáculo en su marcha.

—Aquí, Inés, aquí!

La jóven acudió presurosa.

—Qué ocurre? dijo descolorida.

—Acerca la luz donde yo tengo mi mano derecha.

Inés obedeció. Los ojos de la reina brillaron de alegría.

—He encontrado lo que deseaba! dijo lanzando una exclamacion que revelaba todo el contento que de su alma se habia apoderado. Veis ese boton dorado que apenas sale de la pared media pulgada ó menos?

—Sí.

—Pues bien, ya vereis lo que es.

Y la reina apretó hácia dentro el resorte. La pared se abrió, permitiendo dejar paso á Doña María á una estrecha escalera que se ofreció á su vista.

—Maldicion! exclamó: es un escondite que da al piso superior. Todo se ha perdido, porque no he encontrado en mi minuciosa revista ningun otro resorte!

—Y qué haremos, señora?

—No lo sé, contestó la reina dando al boton para que la pared se cerrara.

—Vais á practicar otro reconocimiento?

—Sí, sí, alumbradme! otro... y otro mas, si es preciso!

Y Doña María comenzó á verlo y á tocarlo todo de nuevo. Sus pesquisas fueron inútiles.

—Oh, desgracia! dijo dando en el suelo fuertemente con su pié derecho.

La losa, herida por el pié de la reina, retembló como si estuviera en el aire. Doña María se separó de ella y se agachó para verla.

—Esta losa, dijo tocándola con cuidado, no es de piedra.

—No?... pues de qué quereis que sea?

—Su sonido es particular! la madera pintada... á ver, alzada de ese lado mientras yo lo hago por este... Quiera el cielo!..

La losa cedió al empuje, y un ancho boqueron con un esca-

lon de piedra, negro y húmedo como las de los sepulcros, se presentó á la vista de la extranjería.

—Loado sea Dios! dijo alzando las manos al cielo. Esta es la escalera, Inés... el cielo nos protege!

—Y pensais descender por ella?

—Ahora mismo: me seguís?

—Sí, porque mas miedo me daría quedarme aquí sola. Os sigo, señora.

Doña María comenzó á bajar los resbaladizos escalones. Su dama la siguió con el farol, cuya luz apenas alumbraba porque un fuerte aire que soplaba de la parte de abajo la hacia oscilar demasiado.

—Cuidado, señora!.. bajad con cuidado por esta endemoniada escalera!..

—Silencio!.. pueden oirnos ahora!

—Pero ha llegado tu alteza al término de este maldito caracol?

—No; quizá esté en la mitad... es interminable!

Una bocanada de aire que pasó silvando por las dos cabezas de las jóvenes, apagó la luz de la linterna.

—Señora, señora!.. Oh, qué horror! sola y á oscuras...

—No griteis! silencio!.. he oido suspirar y creo que muy pronto hallaremos al Maestre... silencio!.. Pero calla! aquí hay una puerta... dadme las llaves, porque está llena de candados...

Inés se acercó con mil trabajos á la reina y le entregó el manajo de llaves. Entonces Doña María abrió la maciza puerta y creyó encontrarse despues en un subterráneo á juzgar por el ruido tan repetido de sus pasos.

—Inés... Inés... dijo la reina en voz baja.

—Aquí estoy, señora.

—Veis algo?

—Nada absolutamente. Aunque me parece oír un suspiro...

—Sí, y creo que...

—Callad, callad... esa es la voz de Don Gonzalo.

—Quién me llama? contestó una voz desde el fondo de la oscuridad.

—Yo, maestro de Alcántara... no me conocéis?

—Oh, todo lo he perdido en esta mansion!.. no os conozco!.. pero á qué venís aquí? quién sois? qué quereis?

—Vengo á salvaros!

—A salvarme! por dónde? si este calabozó no tiene mas que una puerta...

—Oh, no os cuideis de eso!.. el cielo me ha facilitado un camino por el que os salvareis... dónde estais?

—Aquí, en este rincon y postrado en el lecho del dolor!... pero quién sois? oh, decídmelo, por Dios!..

—Pero no me habeis conocido todavía?.. es extraño!

—Perdonad... sin embargo... esa voz, esa voz es de...

—De la reina de Castilla!

—Cielos! vos aquí, señora! Ah, él me envia con vos mi salvacion! Dónde estais? deseo besar vuestras manos!.. daros gracias de rodillas!..

Un hombre se acercó á Doña María y quiso precipitarse á sus pies.

—No alzad; no merezco ciertamente... con esto os pagó una deuda, Don Gonzalo... no perdamos tiempo; ¿estais armado ó cubierto con alguna capa, á fin de que no os conozcan?

—Sí, perded cuidado, generosa libertadora... no os comprometeré!

—Bien, seguidme... Inés irá cerrando las puertas.

Despues de mil trabajos y tropiezos llegaron á la habitacion en otro tiempo ocupada por Aben-Alhamar. El Maestro llevaba

cubierto el rostro hasta los ojos; pero semejante precaucion hubiera sido innecesaria porque la noche estaba en extremo oscura. Al llegar á la morada del antiguo nigromántico, se precipitó á los pies de Doña María exclamando al mismo tiempo:

—Ah, señora... cuánto os debo!

—Alzad, Don Gonzalo, alzad y huid cuanto antes de Burgos! la menor dilacion os podia costar la vida, tan arriesgadamente salvada.

—Conque libre?... oh, señora!... y cómo os pagaré tamaño bien? libre?... gracias, generosa reina, gracias!...

—Sí, libre estais... pero no os detengais, maestre de Alcántara... huid antes que os sorprenda el dia en estas regiones!.. Sabreis salir del Alcázar?

—Conozco demasiado bien todas sus entradas y salidas, señora...

—Pues entonces adios, y que el cielo os siga concediendo su proteccion!

—Adios, señora, él os colme de ventura en premio de vuestro generoso proceder!.. Contad siempre con mi vida, señora... contad con mi poder... con mi espada y con todo cuanto me pertenezca... en mí siempre tendreis un amigo... qué digo, un amigo, un esclavo que besará lleno de reconocimiento la huella que deje vuestros pies sobre la tierra!

—Cesad por Dios, amigo mio; lo que he hecho estaba en mi deber!..

—Sin embargo, es un inmenso favor!.. pero no creais, si yo me alegro de verme libre no es por mí, nó... la vida me es indiferente... todo es por tu alteza, señora, por tu alteza á quien vengaré completamente, quedando yo tambien satisfecho con la venganza que medito!

—Gracias, Don Gonzalo!.. me haceis un favor infinito... por-

que la prostituta, causa de mis males, vive en palacio como señora y reina absoluta de él... mientras que yo...

—Basta, señora!.. os juro que quedareis suficientemente vengada! me marchó porque ya comienza á despuntar la aurora.

—Sí, venganza, amigo mio, venganza! exclamó la reina fuera de sí de contento y alargando su diestra al Maestre.

Este se apresuró á besarla con respeto, y despues desapareció por las galerías del Alcázar envuelto en su larga y oscura capa de vellori.

Doña María cerró la estancia del nigromántico y entregó las llaves á su dama. Despues se dirigió a sus habitaciones, y echándose rendida sobre una poltrona dijo con gozo indecible:

—Lo he salvado!.. mañana el rey bramará de coraje cuando se halle sin el Mastre! oh, placer!.. comienza mi venganza!

La reina habia salvado á Don Gonzalo para dar principio á su venganza.





CAPÍTULO XXVII.

De cómo la reina Doña María vió una cosa que le hizo dudar si estaba despierta ó dormida.



El día en que iba á ser ejecutado el maestre de Alcántara amaneció claro y magnífico. Los fieles habitantes de la noble ciudad de Burgos se despertaron al son lúgubre de las campanas y á los gritos de: *Van á ajusticiar un reo*. La Plaza mayor, contígua al alcázar de los reyes, se hallaba imponente, casi aterradora. Grandes paños de tela negra con flecos y adornos de seda amarilla, pendían de todos los balcones y ventanas. Un enorme cadalso de tablas, pero vestido todo él de negro, con anchas y cómodas gradas de madera, se elevaba en medio de la plaza, grave,

imponente como los mausoleos en las mansiones sepulcrales. Una cosa habia que era lo que mas imponia y lo que acababa de completar tan fúnebre aparato. Al pié del cadalso y junto á la espaciosa gradá se veia un pequeño dosel de terciopelo negro galoneado de oro, en cuyo centro se hallaba un crucifijo alumbrado por cuatro velas amarillas. En aquel altar debia el reo encomendarse al Ser Supremo por la última vez. Multitud de centinelas armados de punta en blanco rodeaban el patíbulo y cuidaban que la muchedumbre no se agolpase en su derredor. Esta, que bullia por toda la plaza y sus calles adyacentes, como las abejas alrededor de una colmena, producian un rumor sordo y profundo, que el eco repetia de una manera siniestra y espantosa. Por lo demás, lo mismo era el pueblo de la edad media que el de nuestros dias. Aquel lo mismo que este, asistia á esos espectáculos horribles en que se vé morir á hombres, que tal vez sean inocentes, con la misma sangre fria, con el mismo placer que si presenciaran una fiesta de toros ó un reñido torneo. Pero dejemos estas reflexiones que solo sirven para entristecer el alma, y digamos algo de la reina Doña Maria, que cansada y rendida de los trabajos de la noche pasada, se habia entregado á Morfeo, muy agena de cuanto pasaba cerca de la plaza. Doña Maria creyó percibir entre sueños un ruido particular que llegaba á su oido casi muerto y apagado; pero no podia atribuirlo á otra cosa que á ilusiones de su imaginacion. Sin embargo, el ruido de las trompetas y chirimias de una compañía de tropa que pasaba por la plaza para situarse en el alcázar la despertó de una vez, y la hizo entrar en deseos de averiguar lo que ocurría. Vistióse sola, precipitadamente, y cuando se halló en disposicion de poderse asomar á una de las ventanas, la abrió al instante y miró al través de la celosía todo cuanto habia en la plaza.

—Cielos! exclamó tan pálida como un cadáver: qué es lo que veo!

Pero reflexionando un instante, dijo algo mas tranquila:

—Ya caigo: no han echado de menos al Maestre, y están haciendo los preparativos como si lo tuvieran en su poder! Nécios! qué chasco tan solemne se van á llevar!

Y Doña María lo miraba todo despacio una y otra vez, y se sonreía interiormente de alegría al ver la impaciencia del público, y al ver preparar al verdugo con la mayor tranquilidad la enorme hacha de agudo filo que á tantos habia cortado el sutil hilo de la vida. Indecible era el contento que experimentaba la esposa de Alonso XI al considerar solo la indignacion que se apoderaria del ánimo del rey cuando los sayones le noticiasen la sorprendente desaparicion del Maestre, y lo triste y cabizbajo que se retiraria aquel pueblo convidado á presenciar uno de los espectáculos donde mas goza.

—Y todo lo ha hecho una muger sola! dijo admirándose ella misma.

La multitud comenzó á moverse espontáneamente, pareciendo talmente los oleajes del mar cuando la tempestad empieza á asomar por el horizonte. El pueblo habia hecho aquel movimiento tan natural y visto, porque los heraldos anunciaron la presencia de su alteza.

Con efecto, Alonso XI se presentó en un balcon del Alcázar, todo vestido de negro y acompañado de una infinidad de personajes. La cabeza de Felipe se veia tambien entre las de los demás cortesanos.

Un grito unánime de *viva el rey!* que pronunció la multitud entusiasmada, fué la acogida que tuvo el jóven monarca.

Doña María se retorció las manos y dijo con rabia:

—Todos lo aman!

Después observó cuantos movimientos hacia el rey, y vió con estrañeza que llamó á Felipe y le habló al oído. El amante de Elvira desapareció al instante del balcon. La reina exclamó mirándole fijamente:

—Tambien aborrezco á ese hombre!

La hora se acercaba al fin. Don Alonso hizo seña al justicia y á los soldados para que trajeran al reo. Doña María no sabia lo que le pasaba... alegría, temor, todo lo tenia... El momento de descubrirse la desaparicion de Don Gonzalo habia llegado...

—Pero qué es esto! exclamó casi descorriendo la celosia, el pueblo abre calle á una compañía... vienen frailes, pages, escuderos... qué es eso? Ah, maldicion! allí está Don Gonzalo!...

Doña María se pasó veinte veces las manos por el rostro, por los ojos, por todo su cuerpo.

—Qué es esto! dijo casi fuera de sí: estoy despierta ó dormida? qué es lo que veo! el Maestre, sí, el Maestre... pero si anoche... qué me pasa, Señor! esto es espantoso!.... Los infiernos protegen al rey! Infeliz Don Gonzalo! dijo después mas serena y volviendo á ocupar el sitio de la ventana. Doña María se convenció entonces de que cuanto veia no era un sueño, sino todo pura realidad, porque el maestre de Alcántara se presentó, en efecto, rodeado de soldados, de frailes y sayones, y seguido de los pages y criados de su casa, todos con enormes cirios en las manos.

Don Gonzalo salió del Alcázar con paso firme y seguro: su rostro estaba pálido como el de un cadáver: sus ojos desencajados y sus labios cárdenos. Pero en medio de estos síntomas de temor, ó tal vez de rabia reconcentrada, veíase pintada en su semblante cierta conformidad, y sus miradas eran de vez en cuando dulces y resignadas. Dos frailes, uno de ellos con un enorme crucifijo de madera, caminaban á su lado y no cesaban

de hablarle del trance por el que iba á pasar, para despues presentarse al divino Juez á dar cuenta de su vida pasada. El maestre aparentaba escucharlos con la mayor atencion; pero á juzgar por los movimientos que con frecuencia hacian sus facciones, veíase claramente que mas le desagradaban las palabras de los frailes que otra cosa.

Un murmullo sordo y roncó á un tiempo, como los que salen del centro del mar cuando comienza la tempestad á formarse, salió de las filas del pueblo, alegre ya, porque se iba á efectuar para lo que habian sido llamados.

La comitiva que conducia al preso, llegó al cabo al pié del cadalso. La multitud se agitó de nuevo. Todas las miradas se dirijieron entonces al altar grave y sencillo que habia junto á las gradas del cadalso. El Maestre de los caballeros de Alcántara hincó ambas rodillas en tierra, y reclinó la cabeza sobre el pié del retablo. El mas profundo silencio sucedió á la agitacion y al ruido que reinaba entre las masas compactas de la plebe. Los mas inmediatos al alcázar real y á las habitaciones ocupadas por la reina, creyeron oír la siguiente esclamacion:

—Infeliz!

Don Gonzalo acabó de orar, levantóse con serenidad, é inclinó tres veces la cabeza ante el crucifijo, rey del universo. Una gruesa lágrima, sola, la única que habia derramado en su vida, rodó magestuosamente por sus mejillas hasta esconderse en su negra y espesa barba.

Los atambores comenzaron de nuevo el tristísimo toque que habia traído desde que la comitiva saliera del Alcázar.

Uno de los frailes preguntó al Maestre, así que este abandonó el altar, donde con tanto respeto y religion se dirigió á Dios, para que no lo abandonara en trance tan tremendo:

—Os habeis reconciliado ya, hijo mio?

—Ya, padre... antes de salir de la prision!

—Bien, basta; y...

—Qué os detiene?

—Perdonais?

—A todos, padre mio!

—Gracias sean dadas al Altísimo!... la luz divina ha penetrado en vuestra alma, hijo mio! Creeis en Dios?

—Creo, padre.

—Creeis en todos los misterios de su religion, en su muerte y pasion?

—En todo, contestó el Maestre con voz desfallecida.

—Y estais convicto y confeso?

—Tambien.

—Luego estareis arrepentido de todas vuestras culpas?

—Sí, padre: he maldecido mas de una vez la fatalidad.

Don Gonzalo calló, miró á todos lados con tranquilidad, y dijo despues al sacerdote:

—Subamos á la muerte!

—Es verdad, hijo mio! pero despues... Dios es en extremo misericordioso, y os tenderá una mano piadosa... En la córte del rey de los reyes sereis mas dichoso que en la del rey de Castilla!

Don Gonzalo movió la cabeza, y repuso al instante:

—Subamos, padre.

Con efecto, el Maestre comenzó á subir los peldaños con la mayor serenidad. Un hombre de aspecto horrible le esperaba en el tablado, vestido de encarnado y apoyándose sobre el hacha, como pudiera hacerlo un rey con el cetro. El Maestre y los frailes llegaron á lo alto del tablado.

—Valor, hijo mio, valor hasta el último instante, dijo uno de los frailes.

—Lo tengo, padre... la muerte no ha arredrado nunca al maestre de Alcántara!

—Sí, pero ved que vais á comparecer ante Dios!

—El tendrá misericordia de mí!

Apenas habia el Maestre acabado de pronunciar las anteriores palabras, cuando se acercó á él el verdugo, y le ató las manos con la mayor tranquilidad.

Un momento despues se veia á Don Gonzalo mas pálido que nunca, aferrado fuertemente á un banco de madera donde tenia echada la cabeza. La multitud no desperdiciaba el menor movimiento de cuanto se hacia en el tablado.

El momento funesto se acercaba. El horrible verdugo movia con alegría el cortante instrumento.

Un clarin roneo, de sonido lúgubre, casi mortuorio, se oyó por todos los ámbitos de la plaza. Entonces aquel pueblo que hasta allí habia gozado y reídose como si asistiera á una funcion, se llenó de terror. En todos los rostros se vió pintada con los mas vivos síntomas la lástima y el dolor.

—Hijo mio, dijo uno de los frailes alzando el crucifijo que llevaba: ved á Dios... que á pesar de su poder padeció y se vió en peor trance que vos... pensad en él, tened confianza en su infinita misericordia!

El clarin se oyo por segunda vez.

—Ya no os queda más que un corto momento, hijo mio..... pensad en él, acordaos de lo que sufrió, y perdonad á vuestros enemigos, si los teneis, como él perdonó á los suyos!

El Maestre dirijió entonces su errante vista al sitio donde estaba el rey.

—Perdonad, hijo mio, perdonad... y creed en este Dios justo y magnánimo...

El clarin se oyó por tercera vez.

Y apenas el ceo repetia el lúgubre sonido, cuando la cabeza del Maestro rodó por el tablado separada del cuerpo, y en el momento de decir Don Gonzalo con voz clara é inteligible:

—Creo, padre mio: creo y perdo...

Sus espirantes labios no pudieron concluir la frase.

La voz chillona de un faraute anunció á la muchedumbre la muerte del Maestro, y entonces aquel pueblo que habia asistido contento y alegre á presenciar la muerte de un hombre, se retiró triste y cabizbajo, terriblemente impresionado. Pero á los dos dias ya no se hablaba ni del Maestro, ni del espectáculo anteriormente descrito: al contrario, si hubiera habido otra ejecucion hubiese asistido tan alegre y contento como siempre, para salir triste y preocupado un pequeño momento.

Al rodar por el tablado la cabeza del maestro de Alcántara, saltó Doña María de la ventana, esclamando entre horrorizada y furiosa:

—Venganza! venganza, Don Gonzalo!.. vuestra muerte será vengada hoy mismo... ahora!

Y salió precipitadamente de su estancia murmurando con feróz alegría:

—Rey de Castilla, has presenciado sin inmutarte la muerte de un inocente: júrote que al saber la de tu amada, no te has de quedar tan impasible!

Y se dirigió al departamento que en el alcázar ocupaba la amante de Alonso XI. La puerta que daba entrada á él, se hallaba entornada y sin ningun centinela que la guardase. Doña María la empujó con indecible gozo y penetró en una pequeña habitacion tambien sola. La portuguesa abrió otra y otra puerta y al cabo se halló en la misma habitacion donde Doña Leonor de Guzman lloraba la muerte de su mas mortal enemigo.

Antes de seguir tenemos que dejar consignado que al pene-

trar la reina en la vivienda ocupada por la querida de su marido, se vió correr á una persona por la galería. Era Felipe que iba en busca del rey para decirle que su esposa habia entrado en el departamento de Doña Leonor de Guzman.

Como dijimos mas arriba, la reina penetró en la estancia de la amante de Alonso XI. Esta miró sorprendida á la estrangera, y dijo atónita y medio confusa poniéndose de pies:

—Señora..

Doña María la miró con indecible rabia, y le dijo acercándose á ella pálida y desencajada de cólera:

—Don Gonzalo acaba de espirar en un cadalso!..

—Ah, lo sé... lo sé, señora! contestó con sentimiento la jóven.

—Oh, y tanto como lo sabeis, infame!.. por vos ha muerto... por vos ha espirado afrentosamente en un cadalso!.. vos sola sois bastante para vengar su muerte! Señora, vais á cesar en vuestra carrera criminal... ahora mismo dejareis de ser la pública querida de mi esposo!..

Y la reina sacó un agudo puñal, y lo hizo brillar en el aire con feróz y espantosa sonrisa.

—Ah, perdon, señora! yo soy inocente... perdon!.. exclamó la interesante dama de Don Alonso, cayendo de rodillas y tendiendo hácia la reina en señal de súplica sus preciosas y blancas manos.

—No, no hay perdon! morireis... ya estoy cansada de sufrir por vuestra causa! Sabeis, miserable, lo que es ultrajar á una reina!

—Perdon! soy inocente... yo no os ultrajo!

—Oh, no os perdono... la muerte del Maestre está pidiendo una enérgica y pronta reparacion... La esposa de vuestra amante será vuestro verdugo!

Y la reina alzó de nuevo el puñal.

—Cielos, socorro!.. exclamó Doña Leonor cayendo desmayada.

—No, no hay piedad! El maestre de Alcántara será vengado! exclamó la reina haciendo brillar de nuevo en el aire su agudo puñal.

Pero en el mismo momento que se disponia á sepultarlo en el pecho de su rival, se apareció de repente el rey y le dijo precipitándose sobre Doña María casi ciego de furor:

—Infeliz!

La reina dejó caer el arma homicida, y miró al rey entre sorprendida y furiosa, esclamando al mismo tiempo con sordo acento:

—Maldicion!

—Qué hacíais, desgraciada! dijo Alonso XI.

La reina miró á su esposo con altanería y guardó silencio.

—Vive Dios, señora, repuso éste, que estais por demás imprudente!.. No habeis echo caso de mi primer aviso, y me veré en la precision de imponeros un castigo propio de vuestra clase. Mi voluntad es irrevocable, señora... Ya lo sabeis. El Maestre me ha faltado, me ha desobedecido y ha muerto en un caldoso... vos tambien faltais, y no puedo menos de castigaros... Felipe? Felipe... dijo el rey llamando á gritos al amante de Elvira de Luna.

El hijo de Piedad se presentó en la estancia.

—Preparaos á partir mañana mismo... Vais á tener el honor de conducir á su patria á mi querida esposa!

La reina miró sorprendida á Alonso XI.

—Sí, señora, marchareis á Portugal, accediendo á vuestros deseos... Retiraos, amigo mio.

Felipe desapareció en seguida.

El rey repuso al instante.

—Ya sabeis mi determinacion, señora: dentro de un momento firmareis nuestra separacion. Ved de lo que ha servido vuestra tenacidad. El maestro de Alcántara, grande amigo vuestro, ha muerto en un cadalso... vos volveis á poder del rey de Portugal, donde sereis libre, hasta tanto que mi honor...

—Rey de Castilla!

—Os ofendo? callaré, señora... pero ahora recuerdo que vuestra fama padece terriblemente si os marchais... El Maestro era íntimo de vos... ha muerto por mi orden, y si partís para Portugal, vuestro pais natal, el público, que de suyo es malicioso y comenta á su antojo cuanto pasa en las altas regiones...

—Pues bien, rey de Castilla; esa nota tanto infama vuestro honor como el mio! soy inocente, creedme... y al mismo tiempo me declaro vencida! Os juro por lo mas sagrado...

—Seguid, seguid!...

—Que esa mujer no será perseguida...

—Basta, señora... tomad mi mano y vivid en la inteligencia de que ocupareis siempre á mi lado el lugar que os corresponde! El rey de Castilla sabrá dar á su esposa y amiga el lugar que debe ocupar.

—Pero si faltais...

—Oh, descuidad, descuidad! dijo la reina con feroz sonrisa.


Y á poco salió de la estancia, firme y resuelta á cumplir su palabra.

Don Alonso se acercó á su amante, que aun permanecia desmayada, y dijo sentándola en el mismo sillón que ocupaba cuando entró la reina.

—Socorramos á esta infeliz, que harto desgraciada es con solo amarme!

CAPITULO XXVIII.

Nuevas escenas.

 DOÑA Maria salió gozosa en extremo de la habitacion que ocupaba en el alcázar la amante de su marido. Estraño habrá parecido al lector que la reina se hubiera conformado tan pronto y prometídole á su esposo una cosa por la que habia arrostrado tantos trabajos y sacrificios. Doña Maria habia dicho de buenas á primeras al rey, que la de Guzman no seria mas, perseguida. Le habia dicho en resumidas cuentas:

—Rey de Castilla, vivid tranquilo respecto á vuestra querida; que mi ódio hácia ella, si no ha cesado, no será manifestado

nunca! Seguid amándola, que vuestra esposa aparentará no saberlo.

Ciertamente que es incomprensible todo esto: pero nosotros que estábamos tan llenos de admiración como nuestros lectores, nos apresuramos á buscar en los cronicones de aquella época el motivo ó causa que la reina tuviese para obrar de la manera que ya sabemos y que es causa de nuestro asombro.

Doña María se había convencido que mientras viviese el rey, nada podría hacer contra su amante. Doña María llegó á conocer perfectamente á su esposo, y sabía que sino desistía de sus proyectos contra la de Guzman, era muy capáz Alonso XI de mandarla á Portugal con sus padres, para siempre separarse de ella. Semejante paso lo temía en extremo la portuguesa, porque era orgullosa cual nadie, y este recibía un golpe mortal; golpe que ella temía mucho más que cuantos desprecios y ultrajes recibiera del rey, todo por causa de su amante. Porque, ¿qué dirían sus padres, Portugal, Castilla, el mundo entero si llegase el caso de que el rey hiciese lo que había dicho?

—Oh! exclamó la reina: el mundo entero se reiría de mí; murmuraría grandemente á mi costa y Doña Leonor se gozaría en mi derrota.... y se vería libre de mí!... nada, nada, disimulemos.... aguardemos un poco... esperemos la oportunidad... para vengar al Maestre y vengarme yo!... rey de Castilla, somos amigos ahora... eso quiero.... porque contra tí nada puedo hacer... lo confieso; pero contra tu amante... el tiempo lo dirá! De mis lábios no saldrá una palabra que la ofenda... Te lo he jurado y lo cumpliré: tus oídos no volverán á escuchar mas quejas y palabras de odio; pero en mi corazón iré amontonando odio sobre odio, desprecio sobre desprecio, hasta que llegue el día en que pueda verter todo este veneno oculto y reconcentrado, sobre la cabeza de la mujer que es mas que yo en

tilla!... Y si guardo silencio, si me ví en la necesidad de pedir capitulación, precisamente en el momento en que iba á satisfacer mi venganza, no era porque os temiese, sino porque de verme humillada y despreciada, mejor consiento, mejor tolero vuestros escandalosos amores, que no el mundo se divierta con mi honra y... he hecho perfectísimamente... callaré ahora para hablar despues... padeceré hoy para reir y gozar mañana... Ah, Doña Leonor, y qué caro os ván á costar los amores de Alonso XI... amor! todo lo arrostran por el amor hombres y mujeres... todos se vén subyugados por esa poderosa afección que no ha podido conquistar mi corazón... oh, y me alegro, porque yo aborrecería al hombre que amándome mucho fuese mi esclavo... Sí, sí, el amor no ha conquistado mi corazón y soy feliz... Sin embargo, cuando el rey llamó á ese jóven que es capitán de sus guardias, y le dijo que me había de acompañar á mi patria, sentí cierto temor, mi frente se cubrió de sudor y mi corazón latió fuertemente... qué significaba aquello?... creo haberlo adivinado... mi temor era que aquel jóven creyese que su reina se separaba de su esposo, por adúltera... oh, consiento primero sufrir y callar los amores del rey y los abusos de Doña Leonor, que la gente toda forme de mí un concepto tan desfavorable al honor de una mujer y al orgullo de una reina!

Doña Maria cumplió efectivamente su palabra. Alonso XI y Doña Leonor de Guzman vivieron felices y tranquilos. El rey concluyó por estimar á su esposa.



CAPÍTULO XXIX.

El Conde de Haro.

HAY otros personages tambien muy principales en esta historia, que hace tiempo debian ocupar nuestra atencion, y nos vemos en la precision de trasladarnos al jardin de la casa habitada por Don Jimeno y su hija, para escuchar la conversacion que esta y Felipe tenían.

El dia se habia dejado cubrir por el negro y tupido velo de a noche.

Las preciosas calles de árboles que habia en el jardin ya citado, se hallaban casi á oscuras, aunque la luna, esa maga pla-

teada de la noche, procuraba introducir sus blancos destellos por entre las ramas de los corpulentos y copudos árboles.

Al pié de uno de ellos y sentados en un banco de tosca piedra blanca, conferenciaban asidos de las manos con ternura los futuros esposos.

En el rostro de Felipe y en el de su amante se veía pintada la dicha mas inefable.

El enlace tan deseado se iba á celebrar al dia siguiente, y Felipe le habia pedido á Elvira una cita en el jardin, para hablar larga y estensamente de la felicidad que les esperaba.

Elvira accedió gustosa á la peticion de su amante, y Felipe fué introducido en el jardin por la puerta que ya conocemos.

Hubo un momento en que los dos amantes se contemplaron sin hablarse.

El silencio es á veces mas espresivo que cuanto se quiera decir hablando.

Sus manos se estrecharon con ternura, y sus ojos fijos y casi adormecidos de dicha, manifestaban en uno y otro que se hallaban en uno de esos éxtasis deliciosos que nadie ha podido describir con propiedad.

Sin embargo, este arrobamiento divino, tuvo su término como todas las cosas, y Felipe dijo entonces, pero sin soltar la mano que habia cogido desde el principio:

—Elvira mia, nuestra dicha tan deseada, ya es una verdad: mañana...

—Mañana, dijo la jóven con alegría; soy tuya para siempre.

—Para siempre! oh, esas palabras son divinas... celestiales... mañana comienza para siempre nuestra dicha!... sabes amor mio, que parece un sueño cuanto nos pasa?

—Un sueño, Felipe! y porqué?

—Porque despues de tanto como hemos padecido... nos va-

mos á unir para siempre...

—Tienes razon... pero la felicidad habia de llegar al cabo... porque nosotros qué habiamos hecho para ser siempre desgraciados?

—Es verdad... y yo puedo asegurarte que soy feliz. Elvira; oh, tanta felicidad tengo, que es demasiado para una persona sola!... En primer lugar poseo tu cariño, ídolo mio, que sin él no podria vivir... voy á poseer mañana tu mano... que era toda mi ambicion, todo mi deseo!... Despues he encontrado á mi madre, Elvira, á mi madre, tantas veces llorada y buscada por mí cuando me hallaba solo, abandonado, maldiciendo mi suerte; porque hasta tú misma... que tanto me amas... me habías olvidado, me habias despreciado y maldecido.

—Felipe!...

—Oh, es verdad!... son recuerdos fatales! Callaré, para que nuestra dicha no se empañe con tan fatales recuerdos! Soy feliz además, porque de no tener nada, de ser un miserable, tengo un rey que me quiere como si fuera su hermano... calzo desde mañana la espuela de caballero y uso el tiembre de los gentileshomes!... Soy ahora digno de tí, Elvira? me desprecias como aquella noche terrible cuando descubriste...

—Oh, calla, calla!

—Voy á complacerte, si... hablemos de nuestra felicidad tan próxima! Ya han cesado nuestras desgracias... nadie hay que se oponga á nuestra dicha... al contrario, los dos únicos que podian hacerlo, el rey y tu padre, que ya lo es mio también, gozan con nuestra felicidad. El conde de Haro no ha vuelto á....

—Ah, no lo nombres, no lo nombres! aunque no ha vuelto á importunar á mi padre, me han asegurado que ronda y vigila con frecuencia esta casa! qué querrá ese hombre?

—Nada temas, amor mio, nada temas... El Conde de Haro





El conde de Haro sacó el puñal...

tambien participará de nuestra dicha.

—Cielos!

—Sí, no te asustes, tiene algun derecho, y...

—Espícate!

—Mañana, Elvira, mañana despues que recibamos su bendicion.

—Su bendicion! ah, qué dices?.. deliras?..

—No, ño... puede darnos su bendicion... Mañana vá á ser un gran dia para tu amante!

Apenas Felipe acabó de pronunciar las anteriores palabras, apareció por entre los árboles y detrás de los amantes, un hombre con el rostro desencajado y cadavérico, los ojos vivos y brillantes como los de una fiera, y sonriéndose de una manera espantosa. El conde de Haro, pues no era otro, se acercó con paso callado y cauteloso al sitio donde se hallaban los dos amantes, muy agenos de tener á la espalda tan formidable enemigo. Don Lope nada oyó de cuanto hablaban; pero así que se cercioró que eran ellos, sacó un agudo puñal y lo acarició con feróz sonrisa.

Entonces sucedió una cosa notable y que no fué notada si quiera por Elvira y su amante. El conde de Haro alzó con indecible gozo el puñal para sepultarlo en la espalda de Felipe. Pero en el momento en que su brazo descendia con el arma homicida, salió por entre las ramas otro, delgado, largo, todo vestido de negro, y sujetó el de Don Lope con fuerza.

El hijo del último señor de Vizcaya miró á todas partes sorprendido, no pudiendo ver más que el brazo de hierro que le impedia consumir su intento.

—Qué es esto! exclamó forcejeando para verse libre.

—Silencio! dijo una voz que el Conde no pudo conocer.

—Quién sois para...

—Silencio, conde de Haro, silencio!.. Venis á asesinar á un inocente... y vuestra alma perversa y criminal no os dice que vuestro rival es... el hijo que abandonásteis cuando niño!

—Cielos!!

—Sí, conde de Haro; Felipe es vuestro hijo... y de aquella infeliz muger.....

—Sabeis su nombre?

—Lo sé... aquella desgraciada llamábase Piedad.

—Y quién sois?... por qué habeis contenido mi brazo en el momento en que iba á hacer desaparecer al amante de Elvira?

—Soy...

—Acabad!

—La madre de vuestro hijo!

Y apenas llegaron semejantes palabras á oídos de Don Lope, desapareció por entre las calles de árboles un bulto negro que talmente parecia un fantasma.

El conde de Haro se quedó tan admirado, que por un breve espacio de tiempo no sabia lo que le pasaba. Al cabo pasóse la diestra por su frente bañada de sudor, y exclamó á media voz:

—Mi hijo!... Piedad!.. oh, maldicion! maldicion!..

Y huyó despavorido por el jardin despues de tirar el puñal con horror, y mientras que Felipe se despedia de Elvira, ambos locos de alegría con la dicha que les esperaba.



CAPITULO XXX.

Regocijo.



L dia siguiente de estos sucesos, todo era vida, alegría y animacion en casa de Don Jimeno de Luna y Osorio.

Los criados, vestidos con magníficos trajes, vagaban de una parte á otra distribuyendo flores y aguas odoríferas por todos los aposentos destinados para los jóvenes esposos.

Todo era bullicio, abundancia y placer.

Las personas mas notables de la corte se hallaban reunidas en un magnífico salon ricamente adornado.

Entre ellas se veía, ocupando el mejor asiento, al rey de Castilla.

Alonso XI, despues de hacer caballero al amigo mas íntimo que tenia entre sus cortesanos, despues de honrarle con el título de gentil-hombre de su corte, habia querido presenciar la dicha del hombre que á él se la habia dado.

El anciano y cariñoso padre de la tierna Elvira estaba lleno de alegría y satisfaccion: su bondadoso rostro se hallaba cubierto con la mas placentera sonrisa.

Don Jimeno vestia un rico traje de terciopelo, recamado de oro y piedras preciosas y de un valor inmenso.

Pero la reina de la fiesta, la persona objeto de todas las miradas y de todas las admiraciones, era la bella é interesante amante de Felipe; su encantador semblante, blanco y sonrosado, rebosaba de alegría y manifestaba claramente las dulces y agradables sensaciones que su corazon de niña y de amante experimentaba al ver todo aquel aparato y preparativos, que sin cesar le recordaba la dicha tan grande que el cielo le destinaba despues de tantos sinsabores y disgustos.

El traje de Elvira era elegante y sencillo á un tiempo. Era el traje de una vírgen ó de un ángel.

Magníficas tocas de holanda riquísima, guarnecida de perlas y plata, ocultaban por detrás su rubio y sedoso cabello, y caian sobre el traje blanco y guarnecido de menudas flores, que llevaba con una elegancia indecible.

El rostro de Elvira estaba encantador, casi divino.

Sus facciones bellas y perfectas hallábanse animadas con la inefable dicha que en su tierno y puro corazon sentia.

—Hija mia, le dijo Don Jimeno acercándose á ella con cariño, estás impaciente?

—Por la tardanza de Felipe?

—Sí.

—No, señor... tal vez su madre... pero mirad, mirad, desde aquella galería nos llama uno y otro.

Don Jimeno y su hija se apresuraron á ir donde se hallaban la penitente y Felipe.

Piedad no habia abandonado su traje negro de buriel ni su grande manto que la ocultaba de pies á cabeza; pero de su rostro habia desaparecido la palidéz que lo cubria de continuo: sus hermosos ojos negros, dias antes constantemente mustios y amortiguados, brillaban ahora de felicidad y contento: por sus labios delgados y de subido color, vagaba una sonrisa impregnada del placer mas grande.

Felipe acompañaba á su madre, y si grande era la dicha y la felicidad que en los rostros de las personas interesadas por su bien se veia pintada, la suya superaba á todas, porque era tal la alegría de nuestro jóven, que dudaba si todo cuanto le pasaba era realidad ó sueño.

Los dos amantes se miraron con detencion y despues se sonrieron de alegría.

—Por qué no entráis, señora? dijo Don Jimeno á Piedad.

—Oh, no: ya sabeis que yo no puedo abandonar este traje, y con él llamaria la atencion entre tanta gente noble y principal.... Vienen todos á presenciar el enlace de nuestros hijos?..

—No, porque este se verificará esta tarde y en familia... En semejante acto teneis vos que estar presente... y si hay gente estraña...

—Teneis razon. Luego entonces...

—No han venido mas que á felicitarnos, porque tambien su alteza...

—Oh, está ahí el rey! dijo Piedad sorprendida.

—Sí, su alteza se ha dignado honrarnos... pero os dejo por-

que ciertamente estrañará mi ausencia del salon.

Dijo y desapareció en un instante de la galería.

Felipe y Elvira se dieron entonces la mano con cariño. Piedad se sonrió y les dijo:

—Ya se aproxima el momento, hijos míos, en que todos hemos de ser una misma familia... Y en verdad que deseo vivamente llegue ese momento, tanto por veros unidos y felices, que era todo mi afán y deseo, cuanto para entregarme yo de nuevo al descanso y á la penitencia.

—Qué decís, madre mia? dijo Felipe sorprendido.

—Oh, sí, después que ya seais el uno del otro... despues que el cielo y el sacerdote bendigan vuestra union... yo me retiro, no á la ermita donde me has conocido, no, sino al monasterio de las Huelgas, donde concluiré mis dias cerca de Doña Beatriz compañera de mis infortunios. Hijo mio, ahora más que nunca necesito orar y dar gracias á Dios, porque si entonces hacia la vida del anacoreta y oraba y lloraba á todas horas, era porque le pedia encontrar al hijo que habia perdido... ese hijo lo he hallado en tí, gracias á ese Dios á quien tanto he implorado... Pues bien, Felipe... ahora necesito dar gracias al Altisimo por el bien grande, imponderable, que me ha hecho!.. En el monasterio de las Huelgas he de exhalar mi último aliento; pero vos ireis todos los dias á ver á vuestra madre, ¿no es verdad, hijos míos?

—Madre mia! exclamaron los dos jóvenes á un mismo tiempo. Piedad continuó:

—Mi objeto al abandonar la choza donde he vivido quince años sin mas compañía que las colinas y los árboles, ya sabes cual fué, Felipe. Te creí mi hijo, porque el instinto de la sangre me lo decia sin cesar:... habia un hombre malvado que te perseguia y por eso vine á Burgos... para librarte de él... Ese

hombre... no volverá á perseguirte porque es tu padre, ya lo sabes!

—Su padre! Quién?.. dijo Elvira con ansiedad y toda llena de admiracion.

—El conde de Haro!

—El conde de Haro!.. madre mia, es cierto?.. preguntó Elvira asustada al oír la revelacion de su futura madre.

—Qué, no os lo ha dicho vuestro esposo?

—No, nada me ha dicho...

—Y no os ha dicho que mientras la otra noche hablábais en el jardin se acercó á Felipe, á quien hubiera asesinado si no es por mí?

—Nada sé, señora.

—Oh, pues yo os lo contaré, hija mia.

Y Piedad refirió á la bella Elvira cuanto sabemos pasó en el jardin.

—Ah, qué horror! ese hombre es un mónstruo!.. Y decidme ¿creeis que nos veremos libres...

—Sí, porque ya sabe que Felipe es su hijo.

Media hora despues se habia marchado el rey y todas cuantas personas estrañas habia en casa de Don Jimeno.

El enlace de los dos amantes, como habia dicho el padre de Elvira, se habia de efectuar entre familia para que Piedad pudiese asistir.

Esta última, penetró en los salones despues que la corte los habia abandonado.

Felipe y Elvira se quedaron solos en la galería, desde la cual se descubria la calle.

La jóven dijo á su amante:

—Dime, Felipe, hoy no te separarás ya de mí, verdad?

—Sí, tengo que presentarme al rey en este momento, porque

todavía no me han relevado del cargo de capitán de sus guardias... y mi deber es permanecer todo el día en el alcázar ó donde él se halle; pero al instante que reciba sus órdenes volveré á tu lado, amor mio, de donde no me separaré nunca! Elvira, volveré al instante para hablar de nuestra dicha...

—Y te marchas ahora mismo?

—Sí, para estar mas pronto aquí... Pero mira á nuestros padres como se pasean por el salon! dijo Felipe señalando á D. Jimeno y á Piedad, que con efecto hablaban paseándose asidos del brazo. Apuesto á que hablarán de nosotros! oh, la felicidad de ellos es tan grande como la nuestra!

—Es verdad! repuso Elvira contemplándolos con ternura: cuánto gozan porque nos ven dichosos!

—Y tan dichosos, ángel mio; no es cierto?

—Sí, sí, cierto... yo puedo asegurarte que no puedo con tanta felicidad!..

—Oh, volveré, Elvira! volveré para hablar mucho de nuestro amor!.. voy á cumplir con mi deber y en seguida vendré á tu lado. Adios, amor mio..... adios..... hasta dentro de un momento...

Elvira lo miró fijamente y le dijo casi á media voz:

—Adios, Felipe mio...

El hijo de Piedad abandonó la casa de Don Jimeno.

Su amante exclamó al verle pasar por la calle:

—Qué hermoso es... y cuánto le amo!

La jóven permaneció en la galería que tambien daba al jardin, porque despues de perder de vista á su amante, creia oír el ruido de sus pasos.

CAPITULO XXXI.

Nuño Fajardo.



los pocos pasos que hubo andado Felipe, se encontró á Nuño Fajardo que caminaba con la mayor precipitacion y dando brincos de alegría como un chico á quien se le dá un confite.

—Dónde vais? le dijo el jóven, lleno de sorpresa: te has vuelto loco? qué te pasa para ir de ese modo?

—Ahí es nada!.. contestó el exteniente con importancia: soy el nombre mas afortunado del mundo!.. El rey acaba de darme en este momento tu plaza de capitán, y además cien monedas de oro para comprar un caballo: todo en premio..... Figúrate

que la reina, nada menos, por la noche fué al calabozo del Maestre, no sé por donde, con intencion de salvarlo, y en vez de dar con él, fué conmigo con quien topó. Me creyó el Maestre, porque fingí perfectamente la voz de aquel pobre diablo, y me sacó del calabozo por sitios desconocidos por mí... Ya arriba, ó una vez libre, hice el papel del Maestre perfectamente... La reina se fué muy convencida que lo habia salvado. Despues se lo he contado todo al rey, y en premio de semejante servicio me ha dado tantas cosas...

—Pues en ese caso no voy hoy al alcázar. El nuevo capitán recibirá las órdenes del rey; ¿no es cierto?

—Sí, sí, hoy comienzo á desempeñar mi destino.

Felipe y Nuño se separaron, volviendo el primero á casa de su amada.

Mientras pasaba lo que dejamos mas arriba dicho, sucedia lo siguiente en casa de Don Jimeno:

Cuando Elvira estaba en la galería creyendo oir los pasos de su amante, atravesó por el jardín un hombre que subió precipitadamente la escalera y se apoderó de la jóven, asiéndola con brazo fuerte y vigoroso.

Elvira dió un grito y perdió el conocimiento. Entonces Don Lope, pues no era otro, bajó la escalera con ella en brazos y sonriéndose con feróz alegría.

Don Jimeno oyó el grito de su hija, y se asomó seguido de Piedad á la galería.

—Infame! asesino! exclamó al ver al conde huir por el jardín con Elvira en brazos.

Y desenvainando su espada corrió con increíble ligereza en pos del conde de Haro.

El anciano padre lo alcanzó próximo á la puerta por donde habia entrado y debia salir.





Mi hija! dadme á mi hija!

—Dame mi hija! le dijo.

—Antes la vida... contestó el Conde sin dejar de correr.

—Mi hija!.. yo quiero mi hija!..

—No, nunca!

La espada de Don Jimeno atravesó el pecho del hijo del último señor de Vizcaya.

Elvira cayó al suelo y rodó largo trecho por tierra.

Don Lope cayó también anegado en su propia sangre y diciendo con rabia:

—Maldición!.. me ha muerto!

Piedad y Felipe acudieron á poco y presenciaron, horrorizados el terrible cuadro.

—Cielos! exclamó Piedad llena de espanto y dando un paso atrás.

El Conde abrió los ojos y la miró un momento. Don Lope dijo con voz casi apagada.

—Perdon, Piedad!.. perdon, hijo mio, oh! soy un monstruo! Perdonadme! Enrique, hijo mio... perdona á tu padre!

Don Lope volvió á cerrar los ojos y guardó silencio.

Pero no habia muerto, porque aquel mismo dia se efectuó el casamiento del Conde con Piedad para legitimar á Felipe, á la par que el de este con su amada.

Don Lope espiró á poco.

Piedad se retiró al Monasterio de las Huelgas, y Don Jimeno tomó el hábito de monge.

La muerte del conde de Hæro le habia llenado de remordimientos.



CONCLUSION.



LA reina Doña María cumplió al pié de la letra cuanto habia ofrecido á su esposo, mientras este vivió; pero cuando este murió, pidió á su hijo Don Pedro el cruel la cabeza de la amante de su marido.

Doña Leonor de Guzman fué, cruelmente perseguida y muerta por órden del rey, cediendo á las instigaciones de Doña María.

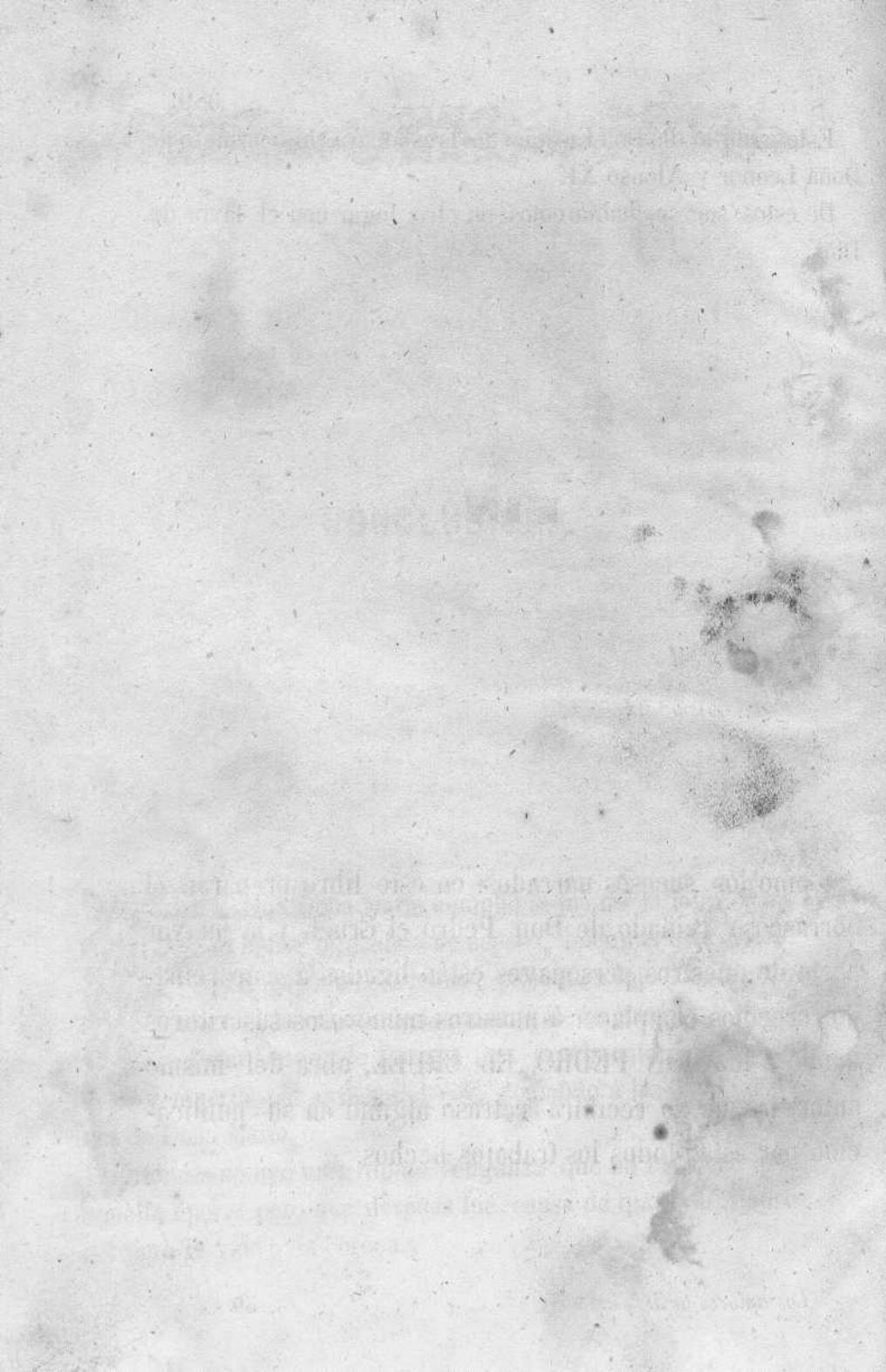
Entonces se oyo un grito de venganza que no tuvo eco por aquella época, pero que despues fué causa de que Don Pedro perdiera la vida y la corona.

Este grito lo dió Don Enrique de Trastamara, hijo primero de Doña Leonor y Alonso XI.

De estos sucesos hablaremos en otro lugar con el favor de Dios.

FIN.

Como los sucesos narrados en este libro preparan el borrascoso reinado de Don Pedro el Cruel, y la mayor parte de nuestros personajes están ligados á este reinado, creemos complacer á nuestros numerosos suscritores dando á luz DON PEDRO EL CRUEL, obra del mismo autor, la que no recibirá retraso alguno en su publicacion por estar todos los trabajos hechos.



INDICE

DE LOS CAPITULOS DE LOS AMORES DE D.^a LEONOR.

Capítulos.	Páginas.
Introducion.	
I. La formidable.	5
II. Como los temores de Doña Elvira etc.	13
III. En el que se ve la venta de Doña Elvira etc.	22
IV. Nuño Fajardo etc.	33
V. En el que se ve que las visiones etc.	38
VI. Un combate entre ruinas.	45
VII. En que se ve que la Penitente etc.	51
VIII. Entra el lector en relaciones con otros personajes etc.	62
IX. De como el conde de Trastamara etc.	70
X. En el que se ve que Don Alvaro de Luna etc.	81
XI. De como viene el lector con nosotros al antiguo palacio etc.	109
XII. De como el conde de Haro volvió á su palacio etc.	118
XIII. En el que se ve que la hija de Don Jimeno etc.	126
XIV. En el que se ve que la penitente etc.	146
XV. De como Doña Leonor de Guzman llenó de impropios etc.	155
XVI. En el que se trata de un torneo etc.	169
XVII. En el que se ve que Doña María principió á poner por obra su proyecto de venganza.	187
XVIII. En el que se ve que el maestre de Alcántara etc.	203
XIX. Sigue el mismo asunto.	208
XX. De como el amante de Elvira supo etc.	231
XXII. De como Felipe penetró en el castillo del Maestre etc.	240
XXIII. De como se habla de otras cosas porque así lo hace la crónica etc.	270
XXIV. En el que se prueba que la razon etc.	289
XXV. Como hay que hablar de un asunto etc.	311
VXVI. De como se cuenta una cosa etc.	330
XXVII. De como la reina vió una cosa etc.	360
XXVIII. Nuevas escenas.	371
XXIX. El conde de Haro.	374
XXX. Regocijo.	379
XXXI. Nuño Fajardo.	381
Conclusion.	388

PLANTILLA

para la colocacion de las láminas de los Amores de doña Leonor.

	Paginas.
El que tenga el Emplazado en la de él, el que no, retrato de Alonso XI.	1
Del autor.	3
Beamos si alguno de estos etc.	49
Dormis seor fanfarron?	65
Es muy importante etc.	129
Huye Felipe.	142
Os amo con delirio.	165
Miserable! exclamó Alonso XI.	195
El Maestre la estrechaba entre sus brazos.	214
Perdon padre mio.	288
Sacó un agudo puñal.	377
¡Mi hijal yo quiero á mi hijal!	387

La portada que pertenece á la 364 se pondrá detrás de la primera hoja de LOS AMORES.











ALONSO XI



G 20567

